

519887000001 CEXIX
92/13

LA PRENSA LIBRE.

COMEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DE

D. FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.



MÁDRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Febrero de 1844.

PERSONAS.

ACTORES.

D. ^a PILAR.	Sra. Lamadrid. (<i>D.^a Bárbara.</i>)
ELISA.	Sra. Tavela.
MÓNICA.	Sra. Sampelayo.
D. RAFAEL DE CASTI- LLA.	} Sr. Lombía.
D. FABIAN, ministro. . .	
D. FELIX.	Sr. Alverá.
D. RAMON TENORIO. . .	Sr. Caltañazor. (<i>D. Vicente.</i>)
EL BARON.	Sr. Aznar.
D. SILVESTRE.	Sr. Torroba.
D. SERAPIO.	Sr. Fernandez.
AMBROSIO.	Sr. Spontoni.
EL REGENTE DE LA IMPRESA.	} Sr. Carceller.
FERNANDEZ.	
JOSÉ.	Sr. Caltañazor. (<i>D. H.</i>)
UN CIEGO.	Sr. Flores.

Agentes del ministro. — Dos criadas. — Pueblo.

La escena es en Madrid: año mil ochocientos y tantos.

Esta Comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

Un gabinete de la Redaccion del TORNASOL. Puerta grande al foro. Puertas-cristales á derecha é izquierda. Un bufete á la derecha y cerca del foro con papeles y escribania. Un quinqué encendido. La puerta de la derecha da á una alcoba, la de la izquierda á las habitaciones interiores de la casa, y la del foro á una sala que comunica con la calle.

ESCENA PRIMERA.

DON RAMON. *Luego* AMBROSIO.

Ramon. (De bata, escribiendo delante del bufete.)
Buena tengo la cabeza
para artículos de fondo,
cuando todos mis asuntos
están dados al demonio.

(*Arroja la pluma, se levanta y mira el reloj.*)

Las once y nadie parece!
Quién me saca de este ahogo? —
Ambrosio? — Si no es posible
que salga el número. — Ambrosio,
(*Sale Ambrosio por el foro.*)

Busca pronto á don Silvestre,
á Serapio, á don Crisóstomo,
á todos los redactores...

Ambrosio. Hoy es domingo de antroido...
leve ú demo, si á estas horas
ná sua casa os encuentro.
De máscaras habrán ido...

Ramon. Pues! Y en las astas del toro
me dejarán, cuando tengo
la cabeza como un bombo
de tanto hablar en las cortes...
Cuando les pago, y trasnocho...

Ambrosio. Si su mercé les pagase...

Ramon. Al orden!

Ambrosio. Desde el otoño
no han visto un cartu siquiera
nin los mios, nin sus ojos.

Ramon. Cómo! Subírteme quieres
á las barbas?

Ambrosio. A su bolso
quisiera subir, mi amo,
yo las barbas las perdonu.

Ramon. Al orden, repito... Però...
El baron...!

(*Viendo al baron, que entra por el foro.*)

ESCENA II.

EL BARON. DON RAMON. AMBROSIO.

Baron. (*Dándole la mano.*) Señor Tenorio...

Ambrosio. Es el estrangero!

Ramon. (*A Ambrosio.*) Aguarda.

Ambrosio. (Qué hará desde el año de ocho
este hombre en España? ¿U vento!
Yo le conocí de mozo
en la toma de Medina...

(A él.) Y el director del periódicu!

Siempre con gente de estrangis...

Non abundamos nosotros

siquiera para escribir

en romance?)

Ramon. Estan beodos...

Champaña... Burdeos... (*A Ambrosio.*) Oye...

Vete á los Leones de oro ;

alli estan comiendo, marcha ;

y si el alma no te rompo,

es porque...

Ambrosio. (Porque de valde
como yo, non sirven moitos.) (*Vase.*)

ESCENA III.

EL BARON. DON RAMON.

Ramon. Pero usted saca de quicio á mi gente... A qué propósito convidarlos... ?

Baron. Yo protejo á jóvenes estudiosos...

Ramon. Pido la palabra en contra. A su aserto no me opongo ; pero faltan tres columnas para este número próximo. Con qué alegría pondrán sus colegas envidiosos si no saliese mañana un párrafo necrológico !
"Murió el Tornasol!!"

Baron. Venís á mi soirée ?

Ramon. Pero, cómo el original que falta se improvisa ?

Baron. De socorro necesitais ?

Ramon. Quién lo duda ?

Baron. Pues aquí teneis...! (*Dándole unos papeles.*)

Ramon. Buen rollo !

Baron. El baile será magnífico.

Ramon. (*Leyendo.*) Crédito público...!

Baron. Hermoso.

Ramon. (*Idem.*) Eem... em... contrátas...

Baron. Lo mas

selecto... gente de tono.

Ramon. Pero el artículo arruina el crédito de...

Baron. De modo

que si no quereis... Y asisten notabilidades solo.

Ramon. Notabilidades, eh ?

Al punto voy. Es forzoso.

Baron. Vereis á doña Pilar...

Ramon. Eso mas? Con que el asombro
de discrecion, de belleza,
de virtud de... de...?

Baron. De todo.
Con que quedamos...?

Ramon. De fama
solamente la conozco...

Baron. Con que...

Ramon. Y tengo mis proyectos,
que voy á explicar. Su esposo...

Baron. Quedamos en que el artículo...

Ramon. Es ministro, yo soy órgano...

Baron. Quedamos...

Ramon. Hombre, conformes,
y coligados...

Baron. Muy pronto
nos veremos.

Ramon. Y corrientes,
y unánimes...

Baron. Bien.

Ramon. Y un voto.
de gracias...

Baron. Es escusado.

Ramon. Como es costumbre le otorgo.

Baron. Quedad con Dios...

Ramon. No; me quedo
con la palabra... (*Vase el baron.*)
Y celoso
de mis derechos... Quién viene?
El predilecto de Apolo!
Buen muchacho. Este siquiera
deja hablar...

ESCENA IV.

DON FELIX. DON RAMON.

Felix. Hola, Tenorio.

Ramon. A Dios, Felix. Dónde bueno?
Al baile de... soy un topo.
Qué hará en Madrid el baron?
Sin duda es pájaro gordo...

Creo que fue capitán
 en las lecciones del corso...
 Gran calavera! En el día
 hace un papel misterioso...
 Ya sabrás que andan rumores
 de políticos trastornos.
 Dicen... Pero, cómo es eso?
 Venir al baile tan solo!
 Chit! — Calla. Lo sé. Mi esposa
 con el chal sobre los hombros,
 há dos horas que te aguarda...
 Me haces un favor...

Felix.

Supongo...

Ramon.

En llevártela.

Felix.

No vas?

Ramon.

Pchs! Veremos. Mis negocios
 son urgentes: diputado,
 escritor público, y órgano...
 (De Móstoles.)

Felix.

Esta tarde

Ramon.

propuse se diese un voto
 de censura... — De qué hablaba?
 No me recuerdo.

Felix.

Yo tampoco.

Ramon.

Ah! sí... pues... de mi discurso.
 Amigo, hablé por los codos,
 á mi gusto: á las tres horas,
 qué dolor, me puse ronco,
 y quedó para mañana
 sin concluir el exordio.
 Asi principié: señores...
 Por Dios...!

Felix.

Escucha este trozo.

Ramon.

Comenzaré proponiéndome
 ser hoy conciso, lacónico:
 la razón en que me fundo,
 las bases en que me opoyo
 para ser en este día
 tan breve, sucinto y corto,
 son muchas; no diré todas
 por obsequio al auditorio;
 espondré tan solamente

Felix.

las principales; son ocho...
Gran Dios! pues de cabo á rabo
me encaja el discurso monstruo.
Me marchó.

Ramon.

Adónde?

Felix.

Al infierno.

Ramon.

Sin mi muger?

Felix.

Yo me ahogo...

(Pero el remedio es peor
que la enfermedad.) Cien loros
no charlan mas...

Ramon.

Qué remedio?

Si tengo un humor diabólico.
Va á caer el gabinete,
y ya se designa el otro
sin contar conmigo: juego
á la alza, y bajan los fondos.
Solo pude hacer tres primas!
Tres primas! Ah! Qué bochorno!
No me llegan para un diente.
Quiero ir al baile... y, ó colmo
de fatalidad! me faltan
tres columnas de periódico;
y asiste doña Pilar,
y su hija...

Felix.

Y en el rostro

de esas señoras osaste...?

Ramon.

Qué! Si apenas las conozco.

Rechazo tus alusiones.

Pido yo peras al olmo?

Es un amor diplomático,
quinta esencia del platónico;
es el tránsito, es el vínculo
de dos principios exóticos,
es proponer una tregua,
es encubrir un embrollo,
es físicamente nada,
políticamente todo.

ESCENA V.

9

DICHOS. AMBROSIO.

- Ambrosio.* Cáteme aquí su merced.
Ramon. Hola! Vienen? Qué te han dicho?
Ambrosio. Decirme, nada dijeron;
 mas de milagro estou vivo
 de tanto como me han hecho.
 Estaban algo alegríños...
 De media legua en redondo
 se oían. Qué rebullicio!
 Cando me viron entrar...
Ramon. Hombre, al grano! Es un martirio
 vivir con un hablador.
Ambrosio. Miña Virgen du Curpiño!
 Llenos de licor me tiran
 vasos y copas de vidru,
 y yo, berrar que berrar,
 reprendiales á gritos...
Ramon. Que te dejasen.
Ambrosio. Que no
 desperdiciasen el vino.
Ramon. Y al fin?
Ambrosio. Al fin respondieron
 que venían en dos brincos
 á...
Ramon. A escribir.
Ambrosio. Vaiche boa!
Ramon. Cómo?
Ambrosio. Al baile del vecino:
 que su mercé no les paga.
Ramon. Al orden! Es ya preciso
 intimarles mi ultimatum...
Ambrosio. Santo Dios! Con que les digo
 que por último los mata...
 (Hablándole del bolsillo,
 es capaz de todo.)
Ramon. Eh! Largo.

ESCENA VI.

DON FELIX. DON RAMON.

Felix.

Jesus! estoy aturdido
de tanta informalidad.

Ramon.

Estan algo atrasadillos...
y otras especulaciones
me arruinan. Mañana mismo
debo hacer un pago, y luego
la bolsa; y luego... maldito
entrés...! Y las elecciones?
Oh! Me ha costado un sentido
salir diputado, y trueno
como no me hagan ministro.
Pero no me aturdo, cá!
Lo seré: sé ya el camino.
Es la carrera mas corta...
tengo muchos condiscípulos...
es verdad, pero la patria
los muda cada domingo
como camisas... Nosotros
somos en eso muy limpios.
Ya por fin soy diputado;
hablo un poco...

Felix.

Jesucristo!

Ramon.

Es decir, hablo de todo;
soy de todos enemigo;
estan á prueba de bomba
mis pulmones diamantinos.
La boca quieren taparme
con una toga? No admito.
Con la cruz de...? La renuncio.
"Le haremos gefe político."
Nada! Director? Sin sueldo.
Y hablando y hablando sigo.
Encargado? Disparate!
Intendente? Desatino!
Ministro del tribunal?
Vamos, el nombre es bonito;
pero el tribunal le sobra.
Y sigo hablando. "Magnífico!"

grita el pueblo: estos son hechos,
desinterés, patriotismo;
que presida el gabinete..."
Gracias! es premio muy digno
de un año de ayuno y charla...
Y te arrojan á silbidos
á los diez días.

Felix.

Ramon.

Corriente!

Diez días? Me sobran cinco
para preparar mi lecho,
y caer sobre mullido.

ESCENA VII.

DICHOS. EL REGENTE.

Regente. (Saliendo por la puerta del foro.)
Original.

Ramon.

Ni una línea.

Sácame de este conflicto,

Felix.

Regente.

Hay original?

Felix.

No venia prevenido.

Regente.

Original, don Ramon.

Ramon.

Y al baile vas desprovisto
de versos? Vas desarmado?

Felix.

Tu esposa tiene unos míos.

Ramon.

(*Al regente.*) Vaya por ellos... Y escuche:
vuelva usted por un artículo.

(*Vase el regente por la izquierda.*)

ESCENA VIII.

DON FELIX. DON RAMON. *Luego* AMBROSIO.

Ramon.

Y el baile, y la diplomacia!
Ayúdame en este crítico
lance; quisiera vestirme
y dictar...

Felix.

Matar de un tiro
dos pájaros?

Ramon.

Justamente.

Felix. Veo tu apuro, y te sirvo.

Ramon. Cuánta bondad!

Felix. Con que, vamos.

Ramon. Aquí tienes el principio
de un artículo de cortes.

— Ambrosio.

(*Siéntase don Felix delante del bufete: entra Ambrosio y pasa á la alcoba con don Ramon.*)

A vestirme. Listo.

ESCENA IX.

DON FELIX. DON RAMON y AMBROSIO en la alcoba.

Felix. Hoy la voz de un necio puede
hundir en fugaz olvido
un genio que por lumbrera
aclamarán otros siglos.
Tardía venganza, estéril
fuera para mí, Dios mío,
que mas herencias no tengo
que el renombre que conquisto;
para mí, que idolatrando
en un objeto divino,
tan solo anhelo la gloria
por presentarme á mi hechizo,
mi incierto origen cubriendo
con tan fúlgido atavío.

Ramon. Léeme el último párrafo.

Felix. Basta: no mas desvarios.

Ramon. Qué torpe estás. No lo encuentras?

Felix. Hélo aquí. Me he distraído.

(*Leyendo.*) Asi terminó la interpelacion de nuestro amigo y colaborador don Rafael de Castilla. No porque nuestro humilde periódico se honre muchas veces con sus celebrados escritos, hemos de pasar en silencio los entusiastas aplausos que sus palabras arrancaron de todos los ángulos del congreso. Dificilmente se encontrará entre nuestros oradores una voz tan simpática como la de su señoría; porque dificilmente hallaremos un corazon mas henchido de amor patrio, mas desinteresado y mas dispuesto á todo género de sacrificios en bien del pais. El

pueblo le adora: el trono descansa en él como en su mas firme columna. Cuando tomó la palabra, todos sabíamos que su anciana madre habia caído gravemente enferma al leer en un periódico que su único y adorado hijo don Rafael, habia muerto en un desafío; pero ni una queja salió de sus labios, y aunque su alterado semblante revelaba sus interiores tormentos, su voz al denunciar los graves males que al país amenazan, era robusta y atornadora, y salia de un pecho donde no cabe otro sentimiento que el del amor á la patria. Formuló despues un voto de censura contra el moribundo gabinete el no menos ilustre y dignísimo diputado don Ramon Tenorio...

Mal parecen en tu boca
elogios tan desmedidos...!
A Castilla te comparas!
A don Rafael! Tú!

Ramon.

Chico,
quién se toma ese trabajo
si yo no...?

Felix.

Me has convencido.

Ramon.

(Dictando.) Don Ramon Tenorio... que causó sensacion en los bancos...

Felix.

Los bancos... (Escribiendo.)

(Se queda distraido de codos sobre el bufete, y con la pluma en la mano.)

Divina Elisa,
los cielos por mi martirio
tanta gracia derramaron
en tu rostro peregrino...

Ramon.

(Dictando.) No hay remedio...

Felix.

(Sin oírle.) Y á tan sublimes regiones
sin duda te han ascendido,
porque yo me desespero,
desde el fondo de mi abismo.

Ramon.

(Dictando.) La situación del país es espantosa... reina la consternacion por do quier...

Felix.

Pero no: bien lo dispone
mi venturoso destino;
aunque la bella que adoro
huelle el zafir del olimpo,
alli en alas de la gloria

subiré con vuelo altivo.

Ramon. (*Dictando.*) De boca en boca corren los nombres de conspiracion, traicion, revolucion, conjuracion, rebelion.

El que mejor te parezca.

(*Dictando.*) Qué haces tú, gobierno, decía Tenorio, te duermes?

Felix. (*Volviendo en sí, sobrecogido.*)

Cá! Dormirme...! Y no he escrito...
ni una palabra...!

Ramon. (*Dictando.*) Y aunque nada se sabe de positivo...

Felix. En efecto,

nada sé de positivo.

Ramon. (*Dictando.*) Cuando el relámpago alumbra...

Puntos suspensivos. Oyes?

Felix. Oh! Sí... puntos... suspensivos.

Preciso es desengañarle...

Ramon. (*Dictando.*) Cuándo se ha visto situacion mas crítica?

Felix. Es claro! Cuándo se ha visto...?

Y el regente vendrá luego...

Ah! Cabeza de chorlito...!

Voy á decirle...

(*Se levanta y da un paso en direccion de la alcoba, y aparecen en la sala del foro doña Pilar y Elisa en traje de máscara, sin caretas y con albornoces.*)

Señoras!

ESCENA X.

DICHOS. DOÑA PILAR. ELISA.

Ramon. (*Dictando.*) Nos amenaza un cataclisma de males...

Pilar. Equivocadas venimos.

Con que no vive el baron...?

Felix. Vive en este mismo piso;
pero en el cuarto de enfrente.

Pilar. Como abiertos los dos vimos...

Felix. Pero, al baile! Qué milagro...?

Pilar. Danos el brazo...

Felix. Oh prodigio

(*Volviéndose á coger el sombrero.*)

de bondad! Ó qué ventura!
 Nada en este mundo envidio.
(Vanse por el foro.)

ESCENA XI.

DON RAMON. AMBROSIO. *(En la alcoba.)*

Ramon. *(Dictando.)* Bajo nuestros pies muge un volcan desconocido... y si revienta...

Ambrosio. Mi amo; estamos seguros?

Ramon. Silencio...! Voto va Crispos...!

Manía de interrumpirme!

Eh! Ya me has cortado el hilo:

Felix, ten paciencia... escucha...

Léeme ese parrafillo...

Eem! No te oigo... Nada... Felix...

Felix, ó diablo...!

(Saliendo á la escena, y luego Ambrosio.)

Se ha ido!

Yo continuaré... no hay tiempo...

(Acercándose á la mesa.)

Ni una letra! Esto es inicuo!

A Dios, baile! Pues me gusta

la jugarreta!

Ambrosio. El jaquilla

necesita usted...

Ramon. Un cordel

para ahorcarme necesito. *(Vase Ambrosio.)*

ESCENA XII.

DOÑA MÓNICA. EL REGENTE. DON RAMON.

Mónica. Y don Felix?

Ramon. Y don Felix?

Mónica. Dónde está?

Ramon. Pues eso digo!

Dónde está?

Mónica. Con que estoy sola?

Con que el insolente, el pícaro,
 sin decirme tus ni mus...?

- Ramon.* Tú tienes la culpa...
Regente. Pido...
Ramon. Original.
Mónica. Pido la...
 Tú la tienes: le habrás dicho...
 Vete al baile, y mi muger
 que se muera de fastidio.
Ramon. Pido la palabra...
Mónica. Es claro!
 Pues qué le importa á un marido?
Ramon. Si me dejó con un palmo
 de narices...
Mónica. Asesino!
 Y luego pides los versos
 que me dió por un descuido?
Regente. Don Ramon, original.
Mónica. (Sacando un papel, y dándoselo al re-
 gente.) Tome usted: mañana mismo
 el mundo entero sabrá...
Regente. Esto no basta: es poquísimo.
Ramon. Pero qué le has dado...?
Mónica. Nada.
 Son los versos: ya le digo
 que es un coqueton, un pérfido...
Ramon. Muger, estás en tu juicio!
 Con que Felix...?
Mónica. Deja hablar.
Ramon. No hay palabra. Se ha atrevido...?
Regente. Original.
Ramon. A decirte...?
Mónica. Pues soy algun cocodrilo?
Ramon. Ya!
Mónica. Qué tuviera de extraño?
 Soy muger del otro siglo?
Ramon. Cá!
Mónica. Si tú no me haces caso...
Ramon. Qué!
Mónica. Otros no tienen sus cinco
 sentidos? Pues no reparan?
 Pues qué, son tontos los niños
 de estos tiempos?

Ramon. Qué hace al caso...?

Regente. Original, por San Crispulo!

Ramon. Y á qué vienen esas voces?

Y qué sacamos en limpio?

Mónica. Que aunque esos versos infames
no estan á mí dirigidos...

Ramon. Pues entonces...!

Mónica. Ahí está.

Regente. Don Ramon.

Ramon. Don diablo.—Entonces...

Mónica. Son atroces, son impíos...

Ramon. Por qué?

Mónica. Para la muger
de un ministro estan escritos.
Mas, buena carda le doy...
Han de ser un sinapismo
los tales versos... Te juro
que ha de llegarle á lo vivo
la nota que les he puesto.

Ramon. Y qué le dices?

Mónica. En limpio,
que Pilar tiene un amante,
y que hace un papel ridiculo
su esposo...

Ramon. Pero, muger...

Mónica. Pero, hombre, si es el ministro:
á un ministro se le dice
todo.

Ramon. Y tan claro?

Mónica. Clarito.

Ramon. Y á doña Pilar insultas...?

Mónica. Si la alabas, pierdo el tino!
Mira que te vas volviendo
muy ministerial.

Ramon. Delirios!

A buen tiempo! Pero Felix
al baile sin duda ha ido
tras ella...

Mónica. Al baile! Qué escándalo!

Voy, voy á ver si tranquilo
consiente Dios en la tierra
un hombre tan libertino. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

EL REGENTE. DON RAMON.

Ramon. Hoy debe darme un sofoco.
 Qué muger! qué tarabilla!
Regente. Y no hay mas que esta cuartilla?
Ramon. Quiere usted volverme loco?
Regente. (Mirando por el foro.)
 Don Rafael!

Ramon. Vuelva usted.
 Este debe traer algo.
Regente. A la antesala me salgo,
 dentro de poco entraré.
 Este sí que es escritor!
 No hay mejor hombre en Europa.
 La cosa va viento en popa
 mientras escriba el señor.

ESCENA XIV.

DON RAFAEL. DON RAMON.

Ramon. Jesus! en mi vida vi
 un horizonte mas negro.
Rafael. Don Ramon, cuánto me alegro
 de encontrarle á usted aquí!
Ramon. Hay novedad?
Rafael. Sí por cierto.
Ramon. Espero que usted se explique.
Rafael. El Estado se va á pique
 si no le buscamos puerto.
 Los sordos rumores vagos
 de que hemos hecho mencion
 en el congreso, ya son
 cuando no golpes, amagos.
 Hasta el modo de gobierno
 se trata de destruir,
 y se quiere convertir
 á la España en un infierno.
 Este es el plan: mantener
 sin aliento la esperanza;

hoy por mezquina venganza,
 por ruin ambicion ayer.
 Alimentar la inquietud
 con nuevos sacudimientos,
 y hacer á tantos tormentos
 preferir la esclavitud.
 Porque, tras tanta contienda,
 débiles, hechos pedazos,
 nos lancemos á los brazos
 del que primero los tienda.
 Un estrangero la red
 de conspiracion tan vasta
 urde.

Ramon. Mal haya su casta!
 No se lo decia á usted?
 Y juzgaban ser ridículo
 mi clamor en el congreso?
 —A propósito: sobre eso...
 qué bien vendria un artículo!
Rafael. Y el número de mañana
 está compuesto?

Ramon. Cabal.
 (Este trae original.)
Rafael. Compuesto! Suerte tirana!
Ramon. En periódicos como este,
 original siempre sobra...
Rafael. Pero la patria zozobra...
 y... si, cueste lo que cueste;
 por medio de un suplemento,
 ó como quiera que sea,
 preciso es que la luz vea
 este artículo al momento.

(*Saca unos papeles.*)

Esta es la única traza
 de salvarnos, don Ramon:
 denunciar á la nacion
 todo el mal que la amenaza.

Ramon. Venga.

Rafael. Siguiendo su curso
 la conspiracion, revienta
 dentro de poco, y la imprenta
 es nuestro solo recurso.

La imprenta, que en torpes manos
es un puñal asesino,
es el paladion divino
de los libres ciudadanos.

Por mas que en sueño profundo
la nacion duerma indolente,
su voz de trueno es potente
para despertar al mundo.

Ramon. Y no fuera mas sencillo
dar parte al gobierno?

Rafael. Sí;

pero el gobierno es aqui
el cómplice, y el caudillo.

Ramon. Cáspita! Será verdad?
Y cómo sabe todo eso?

Rafael. Por un aciago suceso;
lo diré con brevedad.
Un amigo ayer tarde
motejado por otro de cobarde,
tuvo un lance de honor. Al punto vuelo
para estorbar el insensato duelo.
Moribundo lo hallé: la vez postrera
quiso hablar en su mísera agonía,
y sacando del pecho una cartera
su helada mano enlaza con la mía,
diciendo al espirar con labio yerto:
"enmienda, Rafael, mi desacierto."
Cuántos pasos no dí! Pierdo la noche
cumpliendo mi deber, y á la mañana
vuelvo á mi casa, y al bajar del coche
sé que mi madre anciana
muerto en el desafio me creía,
cual un diario enemigo lo decia.
Los desvelos filiales
estorbaron que abriese
la cartera, y que tramas infernales
hasta dos horas hace conociese.
Ábrola al fin sobresaltado el pecho:
veo el horrible plan, y no reparo
que gime cerca en moribundo lecho
mi pobre madre, en triste desamparo.
Víctima de la imprenta, parecia

- que al mirarme escribir se horrorizaba;
mas la patria á la imprenta me llamaba,
y al ver mi justo afán se sonreía.
- Ramon.* Con que el gobierno está comprometido,
y un extranjero...? (Triunfan sin remedio.)
Pero no dice usted en qué sentido
se hace la rebelion, ni por qué medio...
- Rafael.* Oiga usted... Pero no; mucho mas presto
se lo dirá mi escrito.
(*Dándole los papeles.*)
Todo lo pongo aqui de manifiesto;
porque fuera el callar nuevo delito.
- Ramon.* (*Pasando la vista por el artículo.*)
Qué elocuencia! Qué fuego! Qué entusiasmo!
Si en el aire levanta.
- Rafael.* Qué le parece á usted del plan?
- Ramon.* Espanta.
- Rafael.* Pásmese usted de su intencion.
- Ramon.* Me pasmo!
Llueven las suscripciones á millares
por solo aqueste artículo.
- Rafael.* Estremece
su audacia, no es verdad?
- Ramon.* Sí: me parece
que se tiren de mas mil ejemplares.

ESCENA XV.

EL REGENTE. DICHOS.

- Regente.* Señor director, estan
los cajistas ya que trin...
- Ramon.* (*Tapándole la boca para no dejarle hablar.*)
Tome usted. (*Le da el artículo.*)
- Regente.* Esto hay al fin?
Qué es esto?
- Ramon.* Lo que le dan.
- Regente.* Cree usted que habrá bastan...
- Ramon.* (*Cerrándole la boca otra vez.*)
(*Eh! no sea pregunton.*)
Sin cercenarle un renglon

Regente.

Ramon.

ha de salir, voto á quien...!

Si no por su amigo... hem?

(*Interrumpiéndole.*)

Es claro...! Pobre nacion!

ESCENA XVI.

DON RAFAEL. DON RAMON.

Rafael.

Marchemos: el mas activo
debe quedar vencedor;
á todos los diputados,
á todos sin distincion
la intriga revelaremos;
y do quiera que haya honor,
donde con noble altivez
se lleve el nombre español,
alli encontraremos siempre
quien alce nuestro pendon.
Vamos...

Ramon.

Vamos: en lo mismo
estaba pensando yo,
en ir á dar una vuelta
al baile de ese señor...

Rafael.

Se burla usted? Es posible?

Ramon.

Para una equivocacion
pido la palabra. Cómo?
Burlarme! Nunca... eso no!
Del verdadero terreno
usted saca la cuestion.

Rafael.

Conocido es mi programa
á la Europa entera... oh!

Rafael.

Y á qué viene...?

Ramon.

Independencia,
y trono y constitucion...

Rafael.

Pero en el baile...

Ramon.

En el baile
veré á las gentes de pró;
y les aviso, y... quién sabe?
mientras bailo un rigodon
con la muger del ministro

Rafael.

destruyo todo el complot.
 Cuando la patria nos habla
 callar debe el corazón.
 Cuán dulce no fuera al mío
 cabe el lecho de dolor
 velar á mi triste madre,
 que en torno de su aflicción
 buscará mi rostro en vano,
 y este abandono feroz
 tal vez el trance apesure
 que me hielá de pavor!
 Cuán dulce para mí fuera
 abalanzarme al salón,
 cual ciervo sediento al agua,
 de dos ángeles en pós!
 Ah! sepa usted que uno de ellos,
 ó fue toda una ilusión
 que mi loca fantasía
 para tentarme fingió,
 ó es la beldad que idolatro,
 es un tesoro de amor
 que en Francia dejé escondido,
 y el destino me robó.
 En frente estan las dos puertas,
 la de usted, la del barón:
 y en una de amor, y en otra
 del deber siento la voz.

Ramon.

Vacilé, dudé un momento...
 me sonrojé... y aquí estoy.
 No ha de aventajarme nadie
 en patriotismo, en valor.

Rafael.

Ramon.

Qué bulla es esa?
 Si habrá
 estallado? Yo me voy...
 estamos comprometidos...
 Abur...

Rafael.

Pero, hombre, si son
 los redactores.

ESCENA XVII.

DON SILVESTRE. DON SERAPIO. DON RAFAEL. DON RAMON.

Ramon.

Troneras!

Váyanse ustedes con Dios.
No nos han dado mal susto!
Ya está el número.

Serapio.

Mejor.

Silvestre.

Si faltaban tres columnas;
si ni una chispa quedó...

Ramon.

Y qué se sabe de nuevo?

Silvestre.

Si no quedó ni un renglon.

Ramon.

(Dale!) Y qué tal?

Silvestre.

Es milagro!

Ramon.

Qué hay por la Puerta del Sol?

Silvestre.

Se habla de revoluciones
con un descaro... Qué horror!

Rafael.

Y saben ustedes algo?

Serapio.

(Llevándole aparte con misterio.)

Todo: escuche usted.

Silvestre.

(A don Ramon.) Y yo
por puntos y comas puedo
contárselo, don Ramon. (Llevándolo aparte.)

Serapio.

Es un golpe democrático.

República, sí señor...

Silvestre.

Un gobierno de Turquía

con frailes, inquisicion.

Serapio.

Nivelacion de fortunas,

el régimen del terror...

Silvestre.

Mandarán los sacerdotes.

Serapio.

Ni un cura habrá desde hoy.

Silvestre.

Doctrinas de Torquemada.

Serapio.

Principios de San Simon.

Rafael.

No perdamos tiempo, vamos.

Ramon.

Marchemos: al punto voy...

Mi sombrero... Qué trastornos!

Silvestre.

Y al baile iremos los dos:

allí estan los compañeros...

Serapio.

Pero hombre, así...

*Silvestre.**Sans façon.*

Creo que ha venido Elisa.

Rafael. Elisa ! Quién ?

Silvestre. Es un sol,
un portento!

Rafael. (Es ella! es ella!)

Silvestre. En grande está el trovador.

Serapio. Quién? Felix? Si es á su madre...
á quien obsequia.

Silvestre. Eso no:
su madre...

Serapio. Su madre... qué?
es como todas.

Silvestre. Qué error!

(Este último diálogo lo han dicho marchándose por el foro.)

ESCENA XVIII.

AMBROSIO. DON RAFAEL. DON RAMON.

Ramon. Cuando usted guste saldremos.

Ambrosio. Don Rafael... señor don...

Rafael. Quién me llama? Hay novedad?

Ambrosio. Eh? novedad non, señor;
su madre no mas...

Rafael. Acaba.

Ambrosio. Está espirando.

Rafael. Gran Dios!

Ambrosio. Y manda el médico...

Rafael. Cielos!

Ya lo oye usted, don Ramon,
me es imposible hacer nada.

Ramon. Descuide usted.

Rafael. Por favor
trabaje usted sin descanso...

Ramon. Sin tregua, sin dilacion.

Rafael. Los destinos de la patria
penden de...

Ramon. Vaya con Dios,
hombre, y que no sea cosa
de cuidado...

Rafael. Qué dolor!

Actividad y constancia.

Madre de mi corazon!

ESCENA XIX.

DON RAMON, y luego DON FABIAN y EL BARON, de máscara.

Ramon. Una noche toledana!
No me hace gracia maldita...
Patria, patria, á cuán tremendos
sacrificios nos obligas!

(Al tiempo de marcharse por el foro, salen las dos máscaras y le detienen.)

Quién va...? Máscaras...

Baron.

Detente.

Ramon.

No puede ser, voy de prisa.

Aquí no se baila, aquí
tocamos la sinfonía,
y á su compas allá fuera
se mueve media península.

Baron.

Asuntos de gravedad
aquí nos traen; Castilla
te ha dado un escrito...

Ramon.

Cierto.

Baron.

Queremos que á nuestra vista
hagas un auto de fé
con ese papel.

Ramon.

Bromitas

de Carnaval?

Baron.

Pronto, pronto.

Ramon.

Qué despota...! Ni en Turquía...

Baron.

Te acuestas luego, te duermes;
estás en cama dos días...
y al tercero...

Ramon.

Resucito

de entre los muertos...

Baron.

No chistas

una palabra, no escribes
ni una cara, ni una línea.

Ramon.

Sin hablar tres días...! Diantres...!
Barbaridad inaudita!

Baron.

Duermes, callas, comes, salvas
al país de un cataclisma...

Ramon.

Ya!

Baron.

Y te levantas ministro.

Ramon. Ministro yo!

Baron. De marina.

Ramon. Hombre, si otra mar no he visto
que en Aranjuez el de Antigola!

Baron. Ese no es impedimento
dirimente, no te aflijas.

Ramon. Basta de bromas: dejadme
salir... ea!

Fabian. Esta entrevista
ningun otro objeto tiene
que impedirte la salida.
Yo soy claro; siempre recta
mi voluntad se encamina.
Solo Castilla y usted
tienen exactas noticias
de un levantamiento: está
mi conducta decidida:
á usted elijo por cómplice.
Ramon. Y á don Rafael?

Fabian. Por víctima.

Ramon. Pero yo...

Fabian. Si mas le agrada
estotro término, elija.
Es mas noble, mas glorioso...

Ramon. Sí, pero...

Fabian. Cuesta la vida.

Con que...

Ramon. Qué vivo de genio...!

Fabian. Obte. usted.

Ramon. Sin garantías,
sin seguridades...

Fabian. Yo.

las daré. (*Se quita la careta.*) Mas necesita?

Ramon. Señor ministro! Es posible?

Don Fabian! Usted conspira?

Fabian. Parece extraño, no es cierto?

En un rincon de provincia,
en Medina, retirado

con mi esposa, con mi hija,

bálsamo del corazon,

dulce encanto de mi vida,

querido en torno y honrado,

y en holgada medianía...
 tranquilos, sin ambición
 se deslizaban mis días,
 cual arroyuelo entre flores
 de tapizada colina.
 Mas súbito ciertos hombres
 á quienes mi fé sencilla
 debió parecerles facil
 instrumento de sus miras,
 del santuario de las leyes
 con un asiento me brindan ;
 acepté porque mi esposa
 en vivas ansias ardía
 de establecerse en la corte,
 hasta entonce aborrecida.
 Vine aqui, y el mundo nuevo
 que se presentó á mi vista
 despertó nuevas pasiones
 que en mi corazon dormian.
 Han llovido sobre mí
 distinciones á porfia,
 y el sol del favor, que triste
 al ocaso se encamina,
 desde el cénit derramó
 torrentes de lumbre un día.
 Yo quiero como Josué
 pararle cuando declina;
 quiero apuntalar el techo
 que se me desploma encima.
 Inmortal será mi nombre
 si mi plan se realiza,
 y si no será execrado
 con horror, con ignominia.
 Perdido habré mi salud,
 mis riquezas.

(Y las mias.)

Pero, hundido ú ensalzado
 saldré de esa medianía,
 do los hombres de mi temple
 desfallecen, no respiran.
 Bien, pero...

Soy inflexible ;

Baron.
Fabian.

Ramon.
Fabian.

mi voluntad no vacila
 porque dos hombres se opongan
 á los planes que conciba:
 gano dos amigos mas,
 ó mis agentes me libran
 de dos enemigos.

Ramon.

Cáspita!

Algo fuerte es la medida!
 Y aquí donde usted me ve
 tengo mi apego á la vida...
 Tengo hambre... digo, ambicion;
 sino que uno se alucina
 con las cosas, ó mas bien
 por falta de cosas. Diga:
 con que si entrego el escrito,
 ministro de....

Fabian.

De marina.

Ramon.

Don Fabian, yo soy hidrófobo...
 ver el agua me horroriza:
 por otra parte, he tratado
 con el suegro de mi prima,
 que pierde siempre en la bolsa
 lo que gana de asentista,
 y soy por concomitancia
 ducho en materias rentísticas.

Fabian.

Será ministro de hacienda.
 Admite usted?

Ramon.

Que no admita
 quiere usted, cuando mi genio
 me arrastra, me precipita
 tras la hacienda nacional?

(Llamando.)

Ambrosio? Las cosas listas.

Fabian.

(Poniéndose la careta.)

Espere usted que me cubra.

Ramon.

(No se arrepienta, y *per istam*
 me deje.) Hola!

ESCENA XX.

EL REGENTE. AMBROSIO. DON FABIAN. DON RAMON.

Regente.

Original,

Ramon.
Regente.

don Ramon ; éstas cuartillas...
Vengan aqui.

No se entienden:
en árabe estan escritas...
Jesus qué letra!

Ramon.
Regente.

Me alegro.
Bien se conoce la prisa
de su autor.

Ramon.
Regente.
Ramon.
Regente.

Ya no se imprimen:
Hay algo ya?

Ni una chispa.
Pues los cajistas estan
dando un escándalo, gritan,
cantan el *requiem eternam*
al periódico...

Ramon.

Por vida!

(*A Ambrosio.*)

Llama á cualquier redactor:
abi en la casa vecina
los tienes. (*Vase Ambrosio.*) Señor regente,
esta noche á los cajistas
se les paga doble, y luego...
luego... una buena propina. (*Vase el regente.*)

(*Al ministro.*)

Vaya, tome usted su artículo.

Fabian.

(*Recibiéndolo.*)

Ramon.

Muy bien. (La victoria es mia.)
Con que pasado mañana
debe reventar la mina?
Salvarse la patria...?

Fabian.

En mí

jamas cabe hipocresía.
Usted pasado mañana
es ministro, y yo...

Ramon.
Fabian.

Prosiga.

Yo, en la cima del poder,
ó del cadalso en la cima.
Un ministro en el cadalso...!
Cáspita! Me aterroriza...

(*De repente.*)

Pero, cá! nunca estos dramas
asi en España terminan.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

Sala en casa del ministro. Balcon al foro. Dos puertas laterales. Otra secreta á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA PILAR. ELISA.

- Pilar.* Asómate, niña. Un coche...
Elisa. (*Abriendo el balcon.*)
Sí; pero de largo pasa. (*Cierra.*)
Pilar. Jesus, no venir á casa
tu padre en toda la noche!
Elisa. Vete; acuéstate, mamá.
Puedes dormir sin cuidado.
Segun nos tiene avisado,
en el ministerio está.
Pilar. Anda tú: no tengo sueño.
Ir de máscara las dos
mientras él...!
Elisa. Sábelo Dios
que nos obligó su empeño.
Al bien de nuestra nacion
nos dijo que convenia.
Pilar. Que bailásemos...
Elisa. Querria
tener contento al baron.
Pilar. No sé qué aversion me inspira
ese hombre; mas no es extraño:

por vidrios de desengaño
el alma todo lo mira.

Elisa. Pues cómo empeños hiciste
para vivir en la corte?

Pilar. Ah...! me has tocado un resorte...

Era Medina tan triste...!

Si supieras cuán amargos
recuerdos me suscitaba!

La soledad me abrumaba,
los días eran tan largos...!

Elisa. Te cansa la soledad
en nuestro pueblo, y aquí
huyes de la gente...

Pilar. Si:
me basta con la amistad
de algunos.

Elisa. Mas fortunados
éramos todos en él.
Qué cielo, qué campo aquel!
Qué sosiego! Sus honrados
moradores nos tenían
por sus padres y monarcas,
y las vecinas comarcas
nuestro nombre bendecían.
Era nuestra quinta abrigo
franco siempre al desgraciado;
no había en torno un malvado,
ni suspiraba un mendigo.
Al pasear por los sotos,
regalaban nuestro oído
del colono agradecido
prósperos y ardientes votos.
Y si una madre nos vía
del pecho al niño apartaba,
con el dedo nos mostraba,
y el niño se sonreía.

Pilar. Teníamos paz, es cierto.

Mas si tú vuelves allí,
sóspecho que como á mí
te parecerá un desierto.

Elisa.

Pilar.

Yo... pues...

Qué buscan tus ojos,

con mal encubierto afán,
 en esos bailes que dan
 fastidio al alma, y enojos?
 Para volver de París
 mostraste tal repugnancia...
 mas debió gustarte Francia
 que tu encantado país.
Elisa. No fue mi pensión muy triste
Pilar. Pagaste al amor tributo?
Elisa. Mamá... por qué...

Pilar. Sí: de luto
 tu albor mas puro cubriste.
 La que abriga una pasión
 con mano blanda y amiga,
 incauta! un aspid abriga,
 que le hiere el corazón.
Elisa. De veras?

Pilar. Sí: no te asombres:
 solo efímeros placeres
 buscan hoy en las mugeres
 los hombres.

Elisa. Todos los hombres?
Pilar. Todos por nuestra desgracia.
Elisa. Ah! Mamá...! Tienes razón.
 Y no hay alguna escepcion...?
 Dime... Félix... verbi gracia...
Pilar. Amas tú á Félix?

Elisa. Jamas,
 aunque su talento admiro.
Pilar. (Me estremecí. Ya respiro.)
Elisa. Es un amigo y no mas.
Pilar. (Acalorándose gradualmente.)
 Es un jóven de los pocos.
 Bien tus escepciones fundas.
 Me alegre; no le confundas
 con esa turba de locos.
 Galán, juicioso, gallardo,
 su blando acento seduce,
 y en sus ojos se trasluce
 el alma ardiente de un bardo.
 Pasma ya de todo el mundo
 es su talento precoz,

Elisa. todos dicen á una voz
que en España es sin segundo.
(No vino de Francia, es fijo,
Rafael... Si aqui le vieran!)

Pilar. Oh, cuántas madres quisieran
poder decir... es mi hijo!

Elisa. El consigue por sus obras
renombre, prez y alabanza;
y papá... qué es lo que alcanza
despues de tantas zozobras?

Pilar. Seguir por su perdicion
de hombres ocultos la pauta...

Yo tengo la culpa, incauta,
que desperté su ambicion.

Yo solo quise lograr
que saliese diputado,
y nos tragese... á poblado,
lejos de nuestro lugar.

A contentarse mi esposo
con ser útil, nada mas
á su provincia, jamas
turbara nuestro reposo.

Mas luego á soñar se dió
con planes, notas, registros,
con despachos y ministros,
y en otro hombre se tornó.

En una pension te pone
extranquera, por supuesto,
y con gente de alto puesto
quiere que me relacione.

Logra por fin sus afanes,
es ministro, y... santos cielos!
nueva inquietud y desvelos,
nuevo rumbo, nuevos planes.

Tórnanse de dia en dia
sus cabellos como nieve,
es su sueño inquieto y breve,
su faz adusta y sombría...

ESCENA II.

JOSÉ. DOÑA PILAR. ELISA.

José. (*Entra por la derecha con los periódicos y los deja sobre un velador.*)

Los periódicos de hoy.

Elisa. Déjelos usted. (*Hojea algunos papeles.*)

(*Vase José.*)

Pilar.

Elisa,

tú por leerlos tal prisa,
cuando yo temblando estoy...

Elisa.

Pues?

Pilar.

Tan facil como hablar
se va haciendo el imprimir,
y por solo hacer reir
se acostumbra á calumniar.

Elisa.

Aquí veo versos.

Pilar.

Ah!

(*Se levanta y le quita de las manos el periódico.*)

Son de Felix? — Lo veremos.

Su firma es esta.

Elisa.

(*Qué estremos!*)

José.

(*Anunciando.*)

Su excelencia.

Pilar.

(*Soltando el periódico.*)

Dónde está?

ESCENA III.

DON FABIAN. DOÑA PILAR. ELISA.

Elisa.

Ah! Papá...

Pilar.

Querido esposo!

Fabian.

Basta. Cómo! no estuvisteis
de máscara? Aquí tambien
he de hallar quien contrarie...?

Pilar.

De allá venimos.

Fabian.

Entonces...

á dormir...

Pilar.

Será posible

que duerma quien por tu suerte
tan sobresaltada vive?
Cuando te amenaza...

Fabian. A mí!

Quién viene con esos chismes?
No fue nada.

Pilar. Pues... qué ocurre?

Elisa. Qué ha pasado?

Fabian. Nada.

Pilar. Dime...

Elisa. Papá!

Fabian. Dejadme, por Dios!
Os vais haciendo insufribles.
Yo creí... pero no importa...
Los periódicos hostiles
lo abultarán... y... no es nada.
Ayer noche al dirigirme
á casa, me vi cercado
por un grupo de hombres viles;
gritaron, y algunas piedras...
Santo Dios!

Pilar.

Fabian. Era difícil
escapar; mas de repente
llega un hombre, les dirige
su voz, y la turba airada
se fue retirando humilde.
Abre mi libertador
la puerta del coche, y dice:
"Prosiga usted sin cuidado;"
y al ministerio volvíme.
Sin conocerle?

Pilar.

Fabian. No quiso
su nombre jamas decirme.
Era lóbrega la noche:
sospecho que cerca vive,
y que á las voces salió
sin sombrero, y sin...

Pilar.

Existes
por milagro, y los milagros
ay! no suelen repetirse!
Papá, qué sirve la gloria,
el mando, el favor, qué sirven,

Elisa.

- si tu dulce vida esponen
al vaiven de los molines?
Pilar. Tanto afan...! Y para qué?
Para que no te derriben
del puesto. Desciende tú;
sucédate quien lo envidie;
y en oscuridad tranquila
volvamos á ser felices.
- Fabian.* (*Con amargura.*)
Felices! Es tarde. (*Con sequedad.*) Y tú,
tú, que en mi pecho encendiste
de ambicion la inmensa hoguera,
al ver su llama te afliges?
Así enciende estéril zarza
el pastor por divertirse,
y llora cuando las selvas
traga el fuego inestinguible.
Quién es culpable, responde,
del estrago? Es el que gime
necio pastor, ó la llama
que el vuelo del viento sigue?
Pilar. Basta, crüel: no mi pecho
tanto tiempo martirices.
Ah! Te veo y no te abrazo
despues que en riesgo estuviste
de morir...! Quieres mas pena?
Elisa. Padre!
Fabian. (*Abrazándolas.*) Venid, infelices!
Perdona, querida esposa,
perdona: no sé qué dije...
sufro tanto... no es extraño
que mi razon se estravíe.
Pilar. Dulce esposo!
Fabian. Mis palabras
podrán no ser apacibles;
pero el corazon... encierra
tesoros de amor sublime.
Cuando junto al vuestro late
tan grata expansion recibe...!
Elisa. Por qué te has de separar
un instante? Quién te impide...?
Fabian. Silencio, niña!

Pilar.

Abandona

esa tormentosa sirte...
 todos en ella naufragan,
 nadie al puerto vuelve libre...

Fabian.

Has visto tú que á la audacia
 escarmientos intimiden?
 No hay un mas allá grandioso
 tras un ministerio simple,
 donde al través de cien tumbas
 mi paso audaz encamine?
 De esclarecidos varones,
 legisladores insignes,
 que sustentan en sus hombros
 todo un reino, hablar oisteis?
 El pueblo los lleva en triunfo,
 luego estatuas les erige...
 Ah!

*Pilar.**Fabian.*

Pues yo no he de ser menos,
 si la suerte nos sonríe.
 Quieren derribarme, quieren
 que mi altiva frente humille...

ESCENA IV.

DICHOS. JOSÉ.

José.

El almuerzo está en la mesa.

Pilar.

Qué delirios!

Fabian.

Cuanto existe
 ha de trastornar mi mano,
 y esta será la que afirme
 la independenciam... (*A José.*) Qué aguardas?
 El baron de... es tan difícil
 de pronunciar.

José.

Adelante.

Fabian.

Espera á vucencia...

José.

Dile...

Fabian.

Que no has dormido esta noche.

Pilar.

Desairarle... es imposible.

Fabian.

Vamos todos. No descanso

hasta salir de esta crisis.

(*A José.*) Al señor baron, que pase

al comedor. (*A su esposa.*) Estás triste?
qué tienes?

Pilar. Presentimientos
por fatales infalibles.

(*Vanse: el ministro queda el último, y al oír la puerta secreta de la izquierda se detiene.*)

ESCENA V.

DON RAFAEL. DON FABIAN.

Fabian. Quién viene?

Rafael. (*Embozado.*) Soy un amigo.
(No conviene descubrirme.)

Fabian. Qué busca?

Rafael. (*Misteriosamente.*) Honor y constancia.

Fabian. Extraño que se anticipe
mas de dos horas...

Rafael. Es que...
(Era claro; á bulto vine.)

Fabian. Hay novedad?

Rafael. No, ninguna;
pero tengo que advertirle...

Fabian. Despues: el baron me aguarda.
Al punto que alli termine,
soy de usted...

Rafael. No corre prisa...
(El baron!)

Fabian. Puede en el ínterin
ir al sitio consabido. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON RAFAEL.

Es fuerza que yo adivine...

Pero no: me siento aquí;
el corazon se me oprime.

Madre mia! La memoria
de tus virtudes me inspire.

ESCENA VII.

ELISA. DON RAFAEL.

Elisa.

Se me olvidó con la prisa
el Tornasol... hélo allí.
Dios mio!

Rafael.

Quién está aquí?

Elisa.

Eres tú?

Rafael.

Gran Dios!

Elisa.

Elisa!

Rafael.

Rafael! Cómo... tú... sí...

Elisa.

(*Siéntase desvanecida.*)

Rafael.

Alienta... Elisa! yo soy...
no te turbes. Has creído
quizá que á inculparte voy?
No pienses que resentido
de tu ingratitud estoy.
Qué dice usted?

*Elisa.**Rafael.*

Vida mia,

yo no puedo merecerte.

Ni cómo te culparía,

cuando mi desgracia impía
solo es hija de mi suerte?

Elisa.

Quejas usted, caballero...

Quizá en mi labio severo

sentáran algo mejor;

pero suponen amor

y sellar mi labio quiero.

Rafael.

Aguarda, detente, infiel...

Elisa.

Si busca usted á papá
le avisaré.

Rafael.

Vé, crüel:

huye como todos ya

de tu pobre Rafael.

Hoy á mi madre perdí...

Cielo!

*Elisa.**Rafael.*

Y con desden profundo

todos me abandonan, sí.

Hoy tambien te pierdo á tí:

qué me resta ya en el mundo?

Llorar de una tumba al lado,

sufrir tu cruda sentencia,
saber que solo han bastado
para hacerme desdichado
algunos dias de ausencia.
Cuán poco lo presumí
cuando en París te dejé
bañada en llanto por mí!
Cuán confiado marché
en los extremos que vi!
Desde aquel fatal instante
me diste mil y mil pruebas
de condicion inconstante.
Yo en escribirte incesante,
tú sin darme nunca nuevas...

Elisa.

Cómo! Que me inculpas creo,
porque no te las arguya,
faltas que en tí solo veo.
Mira que ningun correo
me ha traído carta tuya.

Rafael.

Cielos! Con que tú tampoco
las mías has recibido?

Elisa.

Ninguna, y en vano ha sido
buscarte, haciendo tan poco
que de París he venido.

Rafael.

No mas, Elisa; perdon.
Necesitaba creerte
para no buscar la muerte...
ah! mi postrera ilusion
perdía yo con perderte.
Hoy voló mi madre al cielo
y huérfano me dejó,
sumido en eterno duelo:
tú eras mi único consuelo;
y habrás de faltarme?

Elisa.

No:

jamás.

Rafael.

Hermosa mía,
no es el cielo tan crüel.
Lo esperaba, lo sabia...
con que me amas todavía?
Elisa. Sí: te adoro, Rafael.
Nunca dejé de quererte:

tu muerte el alma temió
antes que tu olvido.

Rafael.

No:

yo nunca temí tu muerte;
porque respiraba yo.
Ya conozco, madre mía,
que tu maternal desvelo
vive tras la tumba fría;
este es el don que me envía
por tus súplicas el cielo.
Esta es aquella muger
ignorada y misteriosa
que yo te enseñé á querer.
Dime si otra puede haber
en el cielo mas hermosa.

Elisa.

Rafael! mi único dueño,
para un amor tan sublime
es mi corazon pequeño.
Pero, estoy soñando? dime:
no te parece esto un sueño?
Cómo es que te encuentro aqui?
Vienes á ver á papá?
Es el ministro quizá?

Rafael.

Elisa.

Rafael.

Le busco, sí;
y vengo á salvarle.

Elisa.

Ah!

Quién le amenaza? Volemos
á decírselo. En qué trance
este favor te debemos!
Dónde será que no alcance
nuestra gratitud? Entremos.
Detente, Elisa, detente:
sino quereis que peligre
su vida continuamente,
será preciso que emigre...
tal vez contigo se ausente...
tal vez...

Elisa.

Rafael.

Elisa.

Rafael.

Y en qué ha delinquido?
Hoy lo dice el Tornasol.
Y quién el traidor ha sido...?
Traidor no, buen español:

- con su deber ha cumplido.
Elisa. Y osas defenderle? á él?
 al infame delator,
 que en un villano papel...?
Rafael. Yo he sido, Elisa, el autor.
Elisa. Imposible, Rafael!
Rafael. Elisa, á nadie delato:
 en mi escrito no hay un nombre.
 Mas el pueblo en su arrebato
 puede atropellar á un hombre,
 y salvar á este hombre trato.
 Contempla lo que hoy perdí...
Elisa. Y, es posible que de tí
 proceda tanta amargura?
 (*Cogiendo el Tornasol de encima de la mesa.*)
 Que mi eterna desventura
 haya de encerrarse aquí?
Rafael. (*Arrebatando el periódico de las manos de*
Elisa, y pasándole rápidamente la vista.)
 Dame: ni tiempo he tenido...
 Qué veo...? Me han engañado!
 Qué sucede!
Elisa.
Rafael. No ha salido
 mi artículo... Desdichado!
Elisa. Aun hay tiempo! (*Con gozo.*)
Rafael. Estoy vendido;
 pero, hay tiempo. (*En ademán de marchar.*)
Elisa. (*Sobresaltada.*) Adónde vas?
Rafael. Ah! la nación se sepulta
 si tardo.
Elisa. (*Deteniéndole.*) No, no saldrás.
Rafael. Cómo? A la razon consulta,
 Elisa, que ciega estás.
 Mató á mi madre la prensa,
 y de la patria en defensa
 escribo sobre su tumba.
 Quien tal obra, quien tal piensa
 no esperes, no, que sucumba.
 A mil vidas te prefiero,
 angel inocente y puro;
 pero la patria es primero.
Elisa. Y mi padre...

Rafael.

Yo te juro

salvarle: soy caballero.

(Aparece don Ramon á la puerta de la derecha.)

Elisa.

Y cuando tornaré á verte?

Rafael.

Vuelvo dentro de una hora

sino me impide la muerte.

(Hace que se va por la izquierda y vuelve.)

Di: podrás quererme ahora?

Elisa.

Puedo dejar de quererte?

(Vase don Rafael por la izquierda. Elisa coge el periódico y se marcha por la derecha, al tiempo que sale don Ramon.)

ESCENA VIII.

DON RAMON.

Ramon.

A los pies de usted. — Qué tal?

Para el amante otra puerta!

Miren la mosquita muerta.

Digo, en crisis tan fatal

y con citas? no hay excusa.

Si te quiero, si me quieres...

reniego de las mugeres,

mi cara mitad inclusa.

Y don Rafael? Qué oprobio!

es ya nuestro partidario.

Contrarevolucionario

que se ha convertido en novio...!

ESCENA IX.

DON FABIAN. DON RAMON.

Fabian.

Perdone usted si he tardado.

Ramon.

Nada de eso; no hay de qué.

Fabian.

Venir aqui le mandé

por ser lo mas retirado.

Del pabellon del jardin,

donde con los nuestros tengo

las juntas, de aguardar vengo

á un conjurado... por fin...

- Ramon.* Vamos al orden del dia.
Fabian. Y el Tornasol ha salido?
Ramon. Uf!
Fabian. Qué tal?
Ramon. (No lo he leído...
 No estoy en mí... de alegría...)
Fabian. Supongo que...
Ramon. Por supuesto.
Fabian. Que...
Ramon. Pues!
Fabian. Que nada dirá,
 y que de hoy en mas saldrá...
Ramon. No se hable ya mas en esto.
Fabian. Con cierta mesura y tino
 cambiando irá de matiz.
Ramon. En esto será feliz ;
 lo suele hacer de contino.
 Y qué tal vamos?
Fabian. Ayer,
 hubo un motin algo serio.
Ramon. Respecto á mi ministerio
 decia.
Fabian. Qué hay que temer?
 Yo mismo soy quien le nombro.
Ramon. Es revolucion maestra.
 Qué plan! Qué audacia la nuestra!
 No sé cuál es y me asombro.
Fabian. Sí; pero un hombre no mas,
 activo y emprendedor,
 el torrente asolador
 puede detener quizás.
 Si no logramos que calle,
 la revolucion aborta.
 Arrestarlo nos importa
 hasta que por fin estalle.
 Pero el modo dificulto.
 Los medios viles detesto,
 y si no es bueno el pretesto
 se suscitará un tumulto.
Ramon. Hay otro moro en campaña?
 Pues se volvió la tortilla.
Fabian. Hablando estoy de Castilla.

Ramon.

Pues es cosa bien estraña.

No es don Rafael amigo?

Fabian.

Él amigo!

Ramon.

Estaré loco?

Si aqui estaba hace muy poco.

Dónde?

Fabian.

Aqui.

Ramon.

Diga usted?

Fabian.

Digo,

Ramon.

que aqui le he visto muy tierno
con su hija de usted.

Fabian.

Mi hija!

Imposible!

Ramon.

No se aflija,

mas sírvale de gobierno.

Fabian.

No te basta combatir,
hombre cruel, mi ambicion,
que en mitad del corazón
me quieres tambien herir!

No te basta tu elocuencia
fulminar en mi desdoro,
que me robas un tesoro
de virtud y de inocencia!

Ramon.

Y le hace usted partidario?
Quién de un engaño se libra?

Fabian.

Bien sabe cuál es la fibra
mas blanda de su contrario.

Pero yo me vengaré
de enemigo tan odioso:
de mi poder es forzoso
abusar, y abusaré.

(*Se acerca á la puerta de la izquierda; la abre y llama.*)
Fernandez!

ESCENA X.

DICHOS. FERNANDEZ.

Fernandez.

Mande vucencia.

Fabian.

Que sin perder un momento
á don Rafael Castilla
pongas arrestado.

- Fernandez.* Bueno.
 Pero es diputado.
- Fabian.* Hoy mismo
 se cerrará el parlamento.
- Fernandez.* Pero entre tanto, arrestarle
 sin licencia del congreso...
- Ramon.* Puede haber un alboroto,
 es el ídolo del pueblo.
- Fabian.* (*Pensativo.*)
 Qué he de hacer? — Pronto: obedece.
- Ramon.* Un medio seguro tengo.
- Fabian.* Cuál, dígame usted!
- Ramon.* (*Llevándole aparte.*) Castilla,
 en este mismo aposento,
 dentro de una hora...
- Fabian.* Basta.
- Ramon.* En oscura capa envuelto...
- Fabian.* Una cita! Y yo en mis manos
 tuve á ese hombre há poco tiempo!
 y cuando el honor me arranca
 le veo, le hablo y le dejo
 salir impune...? insensato!
 Silencio, por Dios, silencio.
 — Fernandez, no es menester
 dar un escándalo... presto
 vendrá aquí don Rafael:
 ponte aquí cerca en acecho;
 busca dos de tu confianza,
 y cuando te llame...
- Fernandez.* Entiendo. (*Vase.*)

ESCENA XI.

ELISA. DON FABIAN. DON RAMON.

- Fabian.* Elisa, cómo...! Ya lloras?
 Sin duda el remordimiento
 te arrastra á mis pies; sin duda
 sabes ya...
- Elisa.* Todo!
- Fabian.* Sincero
 podrá ser tu llanto, Elisa;

pero es tardío. Mi pecho
sufrió mortales heridas:
mis esperanzas han muerto
á manos de lo que amaba
con mas cariño...

Elisa. Que al menos
ignore mamá...

Fabian. Perdiste
de suplicar el derecho.

Elisa. Que ignore nuestra deshonra.
Fabian. Nuestra deshonra! Qué es esto?
Deshonra has dicho? No, no...

Me engañé... no estoy sereno...
Di que me engañé... Deshonra!
Mentira! que hubieras muerto
al abrir los labios...

Elisa. Padre!

Fabian. Callas! Levanta del suelo
esos ojos... No te atreves?
Hija vil! Aparta.

Elisa. Padre!

Fabian. Tú eras mi amor, mi embeleso:
pensando en tu bien no mas
pasaba dias enteros:

qué te hice yo, responde?

Elisa. Señor, y qué culpa tengo...?

Fabian. Qué no tienes culpa, dices?

Elisa. Eran para mí los versos?

Fabian. Versos!

Ramon. (Ah!)

Elisa. Viste el papel?

Fabian. Qué papel? Es esto un sueño?

Un papel! Es este? (*Quitándose a Elisa.*)

(El mio!)

Ramon. (*Queriendo decorar con sus ojos el periódico: su misma agitacion le impide leer.*)

Qué trae? Qué dice...? Estoy ciego.

Elisa. (*Indicándole.*)

Aquí.

Ramon. (Mi muger me pierde.

Yo me voy.) Señora, beso...

Fabian. Téngase usted, miserable.

Ramon. Mi esposa infiel! No lo creo...
(Maldita muger, por tí,
por tí la cartera pierdo,
y sus consecuencias...! Cáspita!
me hormiguea todo el cuerpo...
Cómo se turba...! Si estoy
en ascuas!)

Fabian. (Dobla el periódico con terrible calma.)
Vé: ni un momento
dejes á tu madre sola...
Encarga el mayor secreto
á los criados, y enjuga
tus lágrimas. Si á saberlo
llega tu madre... Por Dios!
Serénate: haz un esfuerzo. (Vase Elisa.)

ESCENA XII.

DON JUAN. DON RAMON.

Ramon. (Si no soy ministro... ¡diantre!
á la oposicion me vuelvo.)

Fabian. (A media voz.)
Me ha perdido usted, infame!

Ramon. Yo! Perdone usted...

Fabian. Silencio;
no quiero que nos escuchen.
Sierpe vil, á quien mi aliento
hizo revivir, tú en pago
me has emponzoñado el pecho.

Ramon. Yo, señor... yo... (Si pudiera
tomar las de Villadiego.)

Fabian. En tu sangre he de empapar
este papel: ya no quiero
ni engrandecerme, ni ser
presidente del consejo;
sed de sangre, no ambición,
ansia de vengarme tengo.

Ramon. Pido la palabra!

Fabian. Infame, salgamos.

Ramon. Cállese usted.

Fabian.
Ramon.

Salgamos.
Antes, un hecho tengo que rectificar. Escúcheme con sosiego y venia con esta calma, porque... (Válgame el enredo.)
porque...

Fabian.
Ramon.

No admito disculpas.
Por lo mismo, pues, por eso... por descuido involuntario. Mas todo está reparado.

Fabian.
Ramon.

Será posible? Qué medios...
Uf! Medios nunca me faltan!

Fabian.
Ramon.

Si?
No bien se repartieron tres ejemplares, y es claro que era para aquí el primero, advertí esa cosa, pues... advertí esa falta, y luego...

Fabian.

zas! impido que circule la edición entera quemando...

Ramon.

Ah! me vuelve usted la vida! más que la vida, si es cierto. Toma! Cuando yo lo digo! (Una por una escapemos.)

Fabian.

Pues no se armó mala hoguera? No oyó usted tocar á fuego? La casa se puso de humo que parecia un infierno. Las vecinas regañaban, los orteras y mancebos cerraron puertas, ventanas, mostradores, y... qué estruendo!

Fabian.

La gente apretaba el paso gritando: pronunciamiento! Pues á las dos ó tres casas donde fue el número...

Ramon.

Cierto. Las cosas prontas. (Cogiendo el sombrero.) Yo mismo voy ahora á recogerlo.

(*Óyense voces lejanas de ciegos que venden papeles : cada vez se perciben mas claras.*)

Fabian. Espere usted un instante.

Qué publican esos ciegos?

Ramon. (*Sobresaltado y levantando la voz para no dejar oír.*)

Nada : nada. (Sí serán.)

Con que quedamos en eso?

Fabian. Silencio!

Ramon. Don Rafael

será arrestado, y...

Fabian. (*Con voz terrible.*) Silencio!

(*Abre las hojas del balcon de par en par y se oye una voz que dice :*) "A cuarto, á cuarto el periódico que nos han dado ahora de gratis, para que llegue á noticia del público, á cuarto! Con las aventuras de una menistra, á cuarto!" (*Don Ramon entre tanto se ha marchado : el ministro vuelve lleno de cólera al proscenio.*)

ESCENA XIII.

DON FABIAN. Luego DOÑA PILAR. ELISA.

Fabian. Miserable! Miente ya,

si tienes la ayilantez...

Dónde está? Cielos! Tal vez...

Marchó! Vil, cobarde... ah!

Pilar. (*Adentro.*)

Yo quiero verle,

Elisa. (*Idem.*) Está bien.

Si contigo no va nada.

Pilar. (*Entra y se arroja en los brazos de don*

Fabian.)

Esposa!

Fabian. Desventurada!

Pilar. No me engañes tú tambien.

Esta duda es espantosa...

Ese periódico...! En dónde

está...? Dámelo... Responde,

por piedad!

Fabian. Querida esposa!

Elisa. Pero, si es una aprension...

- Pilar.* Calla! Que calles te mando.
Todos me estais engañando,
y os desmiente el corazon.
- Fabian.* Escucha, pues.
- Elisa.* (Como reconviéndole.)
Padre!
- Fabian.* Sí;
el callar es más funesto.
Dime: Felix te ha compuesto
versos?
- Pilar.* Yo se los pedí.
- Fabian.* El Tornasol los inserta,
dice, y con ellos se escuda
que Felix... te ama...
- Pilar.* Sin duda.
- Fabian.* Que tú... le quieres.
- Pilar.* Y aciérta.
- Fabian.* Que es tu amante, desdichada;
tu galan... entiendes?
- Pilar.* Ah!
Infeliz de mí!
- Elisa.* Mamá!
- Pilar.* Aparta... estoy deshonrada.
- Fabian.* Que el oprobio y el baldon
sobre mí viertes sin tasa,
que quien mal rige su casa
mal gobierna la nacion.
- Pilar.* (De mi silencio es castigo.)
Y á calumnia tan horrible
darás crédito?
- Elisa.* Imposible.
- Fabian.* No soy injusto contigo;
pero la infamia detras
de la calumnia se asienta,
y si calumnia la imprenta
no se separan jamas.
- Pilar.* Infeliz!
- Elisa.* Y ese delito
no castiga un tribunal?
- Fabian.* Alguna vez; pero cuál
es el que borra lo escrito?
Un "se dice" por broquel

basta al escritor infame
para que impunne derrame
su ponzoña en un papel.
Y si el jurado algun día
le declara delincuente,
otro por él, inocente,
el castigo sufriria.
La nota infame que llevas
ningun poder te la quita,
porque la calumnia grita:
"verdad es, mas faltan pruebas."
Pruebas hay aqui.

Pilar.

Fabian!

Fabian.

De ese jóven las frecuentes
visitas, los imprudentes
elogios que se le dan;
el entusiasmo que inspiran
sus obras, sí, pruebas son,
que en la comun opinion
contra nosotros conspiran.

Pilar.

Salvadme, Dios bondadoso!

Elisa.

Y no hay remedio ninguno?

Fabian.

Uno solo.

Pilar.

Cuál es?

Fabian.

Uno. (*A Elisa.*)

Que Felix sea tu esposo.

Pilar.

Eso no!

Elisa.

(Triste de mí!)

Fabian.

Por qué? Con eso verán
que sus obsequios no van
dirigidos hacia tí.

Pilar.

Qué es para tu hija ese hombre?

Fabian.

De gran porvenir le creo.

Como escritor, europeo

será luego su renombre.

Por su elocuencia en el foro

asombra como abogado;

y al congreso trasladado,

será su mayor decoro.

Pilar.

Tiene Elisa una pasión

oculta... (*A Elisa.*) No me desmientas.

Fabian.

Y aunque tú se la consientas,

- merece mi aprobación ?
Elisa. Cielos !
Fabian. Sabed que ese amante
 es mi mortal enemigo...
Elisa. Ah, pues él...
Pilar. (No sé qué digo...)
Fabian. Felix tambien...
 (Qué constante
 oposicion !)
Pilar. Tiene amores...
Fabian. Felix sacrifica todo,
 si complace de ese modo,
 á sus favorecedores.
 Él viene aqui.
Elisa. Justo Dios !
Pilar. No doy mi consentimiento.
Fabian. Dejadme solo un momento,
 y luego entrareis las dos.
(Vanse las damas por la puerta grande de la izquierda.)

ESCENA XIV.

DON FELIX. DON FABIAN.

- Fabian.** De dónde nace, Dios mio,
 esa estraña terquedad ?
 — Felix, ya sabes...
Felix. Sé todo :
 sé que debo consagrar
 mi vida entera al reparo
 de una imprudencia fatal.
 Sé que la negra calumnia
 se ha sabido aprovechar
 de unos versos inocentes,
 porque rebotando estan
 el noble y puro entusiasmo
 de que mi pecho es capaz
 por la muger á quien debo
 mi nombre en la sociedad.
 El que me hace un beneficio
 siervo suyo me hace ya,
 y á la gratitud se ha dado

aire de amor criminal.
Fabian. Pero esa imprudencia...
Felix. Entiendo.
 Yo la debo reparar.
 No me descuidé; y hoy mismo
 el redactor principal
 de ese periódico, ú yo,
 dejamos de existir.

Pilar. *(Que estará escuchando desde la puerta.)*
 Ay!

Fabian. No basta aun: ese duelo
 sería una prueba mas
 de la calumnia; mañana
 verificarse podrá;
 hoy, tu mano, si, tu mano
 á mi Elisa debes darsela.

Felix. Yo...! Señor... A Elisa...! Es cierto?
 Qué es esto!

Fabian. Tuya será.

Felix. *(Cayendo de rodillas, y abrazándole.)*
 Oh! Gracias, gracias...! Señor...
 es terrible crueldad
 si me engañan.

Fabian. *(Levantándole.)* Hijo mio!

Felix. De gozo no puedo hablar.

Fabian. Con que la amabas...?

Felix. Amarla!

Sin esta casualidad,
 ni á mí mismo esta pasión
 me atreviera á confesar!
 Amarla...! No. La idolatro;
 siglos de gloria inmortal
 daré por una sonrisa
 de sus labios, oh!

ESCENA XV.

DICHOS. DOÑA PILAR.

Pilar. Callad.
 Qué estás diciendo, insensato?
 Su esposo tú! no, jamas...!

Mal pagas los beneficios...
 Marchad, ingrato, marchad.
Fabian. Silencio, Pilar, silencio!
 Esa inquietud... ese afán...
Pilar. Marcha, obedece...
Fabian. Infeliz!
 dice el papel la verdad!
Pilar. Esposo!

Felix. Señor!
Pilar. Qué dices?

De mi fé puedes dudar...
Fabian. Quiéres que no dude?

Pilar. Cómo?

Fabian. La mano de Felix da...

ESCENA XVII

DICHOS. JOSÉ.

José. (Con una carta en la mano.)
 Señorito, para usted...

Pilar. Venga. (Le quita el billete y lo abre.)

Felix. Por Dios, don Fabian...

Pilar. Un desafío... á pistola
 á las dos horas... detras
 del jardin. — Aunque me maten
 no sales de aqui.

Fabian. Pilar!

Don Felix, al campo... presto!

Pilar. Tente, tente... Dónde vas?

A la muerte te conducen
 esos pies...

Fabian. (A Felix.) Marcha.

Pilar. (Yendo á detener á don Felix, al llegar á
 la puerta de la derecha abraza sus pies y cae des-
 mayada.)

Piedad! (Vase don Felix.)

Fabian. Cuánto le ama!

Elisa. (Saliendo al socorro de su madre.)

Madre mia!

ESCENA XVII.

ELISA. DOS CRIADAS. DON FABIAN. (*Las criadas aparecen á la puerta.*)

Fabian. De mi vista la apartad antes que... Si vuelve en sí, decidla que de hoy en mas en odio eterno profundo se trocó mi amor.

Elisa. Papá!

Fabian. Huid todos de mi vista. Tambien de tu liviandad espero el último golpe que con mi honra ha de acabar.

Elisa. Mira que solo á salvarnos viene Rafael.

Fabian. Marchad.
(*Levantán Elisa y las criadas á doña Pilar, y se la llevan.*)

Los vínculos que me unian al mundo rotos estan; solo el placer de vengarme detenerme en él podrá.

ESCENA XVIII.

DON RAFAEL. DON FABIAN. *Luego* FERNANDEZ y AGENTES.

Fabian. (*Viendo á don Rafael, que sale por la puerta secreta.*)

Ah!

Rafael. Señor ministro!

Fabian. Es él!

(*Llamando.*) Hola!

(*Salen Fernandez y cuatro agentes, y se apoderan de don Rafael.*)

Rafael. Qué es esto?

Fabian. Que estás en poder de tu enemigo:

que es cierta la trama audaz que denunciabas; que tiene la prensa voz de huracan, y solo con un rugido

puede al orbe amedrentar;

pero esa voz enmudece

al reflejo del puñal,

ó en céfiro lisonjero

la torna el oro quizá.

Rafael.

Bien, amontona tesoros,

prepare tu crueldad

ingeniosa mil tormentos,

y mándame retirar

el escrito que proboca

sobre tí la tempestad.

Podrás mi lengua tal vez

de un solo golpe acallar;

pero en alas de la imprenta

mi artículo volará,

y en el huco de mi tumba

su honda voz te hará temblar.

Es tardía mi prision:

mi escrito en la prensa está;

este pecho es quien le escuda

con silencio pertinaz;

no hay traidores: hoy tu furia

contra mí se estrellará.

Fabian.

Ah! Tu muerte...

Rafael.

Y qué es mi muerte?

mi muerte no estorbará

la publicacion: mi sangre

sello augusto de verdad

dará á mis palabras, sí!

Llévame al cadalso ya;

arrogante de su cima

con desden te he de mirar,

y alborozado mi pecho

desde allí saludará

al nuevo sol de ventura,


de sosiego y libertad,

que eternos dias de gloria

debe en España alumbrar.

(A una demostracion del ministro se llevan los agentes á don Rafael.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



Acto tercero.

El teatro está dividido verticalmente en dos mitades. La una representa el pabellon de un jardin, con puerta al foro, una mesa con papeles y escribanía á la derecha, y puerta y ventana con reja y persianas á la izquierda, dando vista y salida al campo. La otra mitad representa un campo: árboles á la izquierda, y las tapias del jardin al foro.)

ESCENA PRIMERA.

DON FABIAN. EL BARON. (*En el pabellon.*)

Baron. Preso don Rafael, y no halláis medio de recoger su artículo?

Fabian. Ninguno.

Baron. Se ha publicado ya?

Fabian. No, que vendrían mis agentes aquí con el anuncio.

Baron. Si ve la luz ese papel funesto, cuán fiero golpe os amenaza!

Fabian. El último; pero tranquilo estoy. Qué miedo infunden del tormentoso mar los hondos tumbos al mísero bajel, que un leve soplo sepulta fácilmente en el profundo?

Baron. Y tantas y tan ricas esperanzas se habrán de convertir súbito en humo? De qué os sirve tener en poder vuestro al criminal autor de esos disturbios?

Fabian. Una sola palabra de su boca,
solo un renglon, un rasgo de su puño,
puede el hacha apartar de mi garganta,
puede atajar de la impresion el curso.
Baron. No teneis una hija?

Fabian.

Baron.

Y bien...?

Hermosa...?

Don Rafael no confesais que puso
apasionados ojos en su rostro?

Fabian.

Baron.

Y qué, qué intenta usted...? Con ansia escucho...

Que saque sin demora de la imprenta
el temido papel, y en cambio es justo...

Fabian.

Baron.

Basta, señor baron!

Sí, que la mano

de Elisa le otorgueis.

Fabian.

No, no: renuncio

á salvarme jamas por este medio:

es degradante, es vil, es...

Baron.

Fabian.

Es el único.

Vender su mano yo! Nunca: es mas noble,
mas alta mi ambicion; nobles mis rumbos
serán.

Baron.

Qué necedad! todos son buenos
los caminos que van rectos al triunfo.

Fabian.

Baron.

Qué me importa el poder?

Es ya la vida

la que hoy aventurais: nada os oculto.

Fabian.

Baron.

Moriré.

Morireis en un cadalso.

Fabian.

Baron.

Mi cuello doblarán, mas no mi orgullo.

Y morirán con vos tantos valientes

que siguen vuestras órdenes ilusos,

que juraron morir por quien hoy trata

de entregar sus gargantas al verdugo.

Padres, hijos, esposos...

Fabian.

Desdichado,

desdichado de mí!

Baron.

(Necios escrúpulos.)

Y dejareis que desfrenadas turbas

asalten como el tigre furibundo

sus hogares, y arrastren, y atropellen...?

que el tálamo nupcial ojos inmundos

profanen sin piedad...?

Fabian.

Nunca.

Baron.

Que torpes,
allí, en el templo del pudor angusto...

Fabian.

Antes morir! A combatir salgamos.
A despecho de bárbaros tumultos
levantémonos hoy, anticipemos
el grito salvador. Ea: son muchos
los que deben seguirnos. Sin caudillo,
qué puede hacer el ignorante vulgo?
Voy á poner la orden: á las doce
que su lugar ocupe cada uno.

Baron.

Qué haceis? Para ese tiempo ha circulado
el ansiado papel por todo el mundo.
Busca el pueblo á su autor; tan solo encuentra
de su madre el cadáver insepulto;
se redobra su cólera... y quién pone
diques al mar que hierve del profundo?

Fabian.

Pues bien, dentro dos horas dése el grito.

Baron.

Y cómo quereis dar el oportuno
aviso á los demas? Cómo tan presto
los gefes se colocan en sus puntos?

Fabian.

Y no hay remedio ya?

Baron.

Lo habeis oido.

Fabian.

No; con la mano de mi Elisa cubro
la mancha de mi honor.

Baron.

Dareis su mano
en galardón quizá de un fuego adúltero?
Y qué mayor deshonra que ese enlace?

Fabian.

Lengua de sierpe, calla...! Me confundo.
— Tiene razon.

Baron.

Si á Rafael ganamos,
el triunfo, don Fabian, os aseguro;
ofusca su esplendor, ciega su pompa,
y nada en vos se advertirá de impuro.

Fabian.

Al estruendo de vítores y aplausos
el rencor y la envidia quedan mudos.

Baron.

Vida, fama, poder, todo pendiente
de la victoria está; todo es injusto
para el triste que muere derrotado;
todo, señor, lo santifica el triunfo.

Fabian.

Es verdad, es verdad! Vencer tan solo

es mi postrero y único recurso.

(Llamando.)

Fernandez?

(Al baron, que se dispone á salir por la puerta de la derecha.)

Qué hace usted?

Baron.

Vuelvo al instante.

Respirar necesito el aire puro.

Fabian.

(Llamando.)

Fernandez?

Baron.

(Mejor es que no me vea,
por si tenemos que mudar de rumbo.)

(El baron sale al campo, y vuelve á entornar la
puerta: Fernandez viene por el fondo.)

ESCENA II.

FERNANDEZ. DON FABIAN, en el pabellon. EL BARON, en
el campo.

Fernandez. Qué manda su excelencia?

Fabian.

Vé volando

y aquí á don Rafael conduce al punto:

mientras esté conmigo en esta sala,

tú rondarás con cuatro de los tuyos

por si...

Fernandez.

Lo entiendo.

Fabian.

Vuela.

(Vase Fernandez, y el baron entra en el pabellon.)

Baron.

A Dios, amigo.

Fabian.

Ah! me abandona usted?

Baron.

Mas útil juzgo,

que en esta conferencia es vuestra hija,

y la voy á llamar.

Fabian.

Baron...!

Baron.

Presumo

que ella puede hacer mas con un suspiro,

que vos con cien promesas y discursos.

(Vase por el foro.)

ESCENA III.

DON FABIAN.

Se va. — Que tenga el baron
tal influjo sobre mí!
No: quien me hace obrar así
es tan solo la razon.
Mi inquietud y mis desvelos,
mi deshonra, de este modo
debe concluirse todo:
todo, si... menos mis celos.
Ah! Si tímido procedo
se sumerge en un abismo
la patria... Patria! Yo mismo
quiero engañarme y no puedo.

ESCENA IV.

DON RAFAEL. DON FABIAN.

Fabian. Hélo aquí... Qué noble aspecto!
Don Rafael... (Me confundo.)
Señor Castilla, si intenta...
(Su calma me deja mudo.)

Rafael. Si á inútiles amenazas
toma otra vez importuna...

Fabian. No perdamos tiempo; vale
un siglo cada minuto.

Rafael. Pues por abreviar el plazo
á repetir me apresuro
que el vil temor de la muerte,
jamás en mi pecho cupo.

Fabian. No intento yo...

Rafael. Por favor
espero, que al torpe abuso
del poder que me encadena,
no añada usted el insulto
de vergonzosos halagos...
venga primero el verdugo!

Fabian. Mire usted mi anciana frente;
firme está, si bien con surcos,

y en su firmeza mostrando
que á medios viles no acudo.
No es el ministro quien le habla,
es un anciano caduco,
que del borde del abismo
hoy retrocede con susto.

Un padre que mira espuesto
al embate del tumulto
pedazos de sus entrañas,
una hija, oh Dios! el único
vástago del seco tronco...

Rafael. Y quién aqui me condujo
si no el impaciente anhelo
de ser su amparo y escudo?
Todo abandoné por ella,
hasta el venerando túmulo
de una madre que adoraba...

Véame libre, y le juro
salvarla y salvar á un tiempo
al que entre hierros me puso.

Fabian. Libre es usted!

Rafael. Ah! Por ella,
gracias os doy, cielo justo!
Fabian. Libre... mas corra á la imprenta,
saque el escrito...

Rafael. Qué escucho?

Fabian. Y ya que al cielo una madre
hoy arrebatarle plugo,
á los brazos de una esposa,
de mi Elisa, torne al punto.

Rafael. Ella mi esposa...! Dios mio!

Fabian. Sí; ya conozco lo sumo
de la pasión que os abrasa,
conozco el amor profundo.

Rafael. Su mano, su pura mano
precio será del perjurio!

Fabian. Noble premio del que salve
al inocente.

Rafael. Ninguno
perecerá, si del plan
desiste usted.

Fabian. No renuncio

Rafael.

al proyecto... Iré á la imprenta ;
calmaré el anhelo público ;
al sendero de la ley
vuelva, y todo quede oculto.

Fabian.

Es imposible.

Rafael.

Imposible !

Basta : no mas ; ya descubro
el fin que usted se propone,
y de rubor me confundo.
Cómo quiere que mancille
en un instante seis lustros
de honra inmaculada ? Intenta
verme en el conflicto duro
de obtar entre amor y patria,
pudiendo salvarse juntos ?
Y es usted padre , y esposo ?
Miente, vive Dios ! El humo
de la ambicion ha secado
su corazon infecundo.
Por dar un paso adelante
del favor al templo augusto ,
no reparais en hollar
lo mas santo , lo mas puro ,
lo que forman las delicias
de hombres modestos y oscuros.
Cuando entráis allí , rompeis
los vínculos con el mundo
y abatís al que os encumbra
sobre sus hombros robustos.

ESCENA V.

DICHOS. ELISA.

Elisa.

Ah ! Rafael ! — Padre mio ,
contéplate ya seguro...
sin riesgo. Don Rafael
tiene poder , tiene influjo...
y... era mi amante...

Fabian.

Y su mano
hoy mismo en perpetuo nudo...

Elisa.

Qué dices ? Toda yo tiemblo...
repítelo...

Rafael.

(Estoy confuso.)

Elisa.

Habla...

Fabian.

Si entrega un escrito
será en premio esposo tuyo.

Elisa.

Mi esposo tú ? Sí ; perdona
que dude papá. Lo sumo
de tu pasión desconoce :
yo la comprendo y no dudo !
Ven, y póstrate á sus plantas :
ven conmigo.

Rafael.

(¡ Ó, cuanto sufro !)

Elisa.

Ven... pero, qué ! tiembles ? callas ?
ese tu semblante adusto...

Rafael.

Ten compasión...

Elisa.

Ya recuerdo
que un deber mentido y crudo
á inmolár otros mas santos
deberes te arrastra iluso.
Y tienes honra ?

Rafael.

La tengo,
y porque la tengo lucho
con mi pasión brazo á brazo ;
sí, la tengo, y no sucumbo.

Elisa.

Ah ! si mi padre perece
me mata el dolor agudo.
Mírame á tus pies postrada ;
de lágrimas los inundo...
Rafael ! Mira que intentan
alzar entre ambos un muro
de eterna separación.

Rafael.

Levanta.

Elisa.

Si desanudo
estos vínculos, hoy quieren
imponerme odioso yugo.

Rafael.

Nunca ! no ! lo pierdo todo
por la patria, nada escuso ;
pero la esperanza... nunca !
Corra pues...

Fabian.

Rafael.

A ser perjuro !
A la traición ! Si fui débil

- ya de vergüenza me cubro.
- Elisa.* Ah!
- Rafael.* Si me conoces, calla.
- Elisa.* Oye.
- Rafael.* A mi conciencia escuchó.
- Elisa.* Tu conciencia! Y no te dice que evites el infortunio de cien dichosas familias, su horfandad, su eterno luto...?
- Rafael.* Vamos.
- Fabian.* Dónde?
- Rafael.* A la prision.
- Fabian.* Vuelve, y desde allí mi triunfo presenciarás, desde allí escucharás el murmullo de los nupciales festines, arrepentido y confuso. Allí encontrarás la muerte...
- Rafael.* La muerte, la muerte busco!
- Fabian.* La tendrás, pronta, segura... Pero... marcha... siento impulsos... me ciega la ira... marcha... Padre!
- Elisa.* Padre!
- Rafael.* Elisa!
- Elisa.* (A su padre.) Sois injusto.
- Rafael.* Tu nombre será el postrero de mis labios moribundos.
- (Don Rafael va á salir por la puerta que conduce á la prision, y don Fabian le detiene bruscamente.)
- Fabian.* Dónde vas! Sal por aquí.
- (Abriéndole la del campo.)
- Por esta marcha seguro.
- Elisa.* Ah!
- Rafael.* Qué es esto?
- Fabian.* Envidia tengo de un corazón como el tuyo... Sí; de cólera... y de lágrimas están ya mis ojos turbios.
- (Con ternura.)
- Dame tu mano... (Se dan las manos.)
- (Con sequedad.) Y... sal presto.
- Rafael.* Vendré á salvaros, lo juro.

Fabian. (Con altivez.) Infeliz! mi salvacion
solo en tu muerte la fundo...
Libre vas... porque mereces
bajar con gloria al sepulcro.

(Vase don Rafael por la puerta del campo, y don Fabian vuelve á cerrarla.)

ESCENA VI.

ELISA. DON FABIAN. Luego EL BARON.

Elisa. Si del pecho generoso
el noble acento escuchaste;
si piedad con otros tienes,
apiádate de mi madre.

Fabian. No la nombres!

Elisa. Si tú vieras
su estado tan deplorable...!

Fabian. Déjame.

Elisa. Si su gemido
desgarrador escuchases...!

Fabian. Mi honra ultrajada no gime
mas hondamente...? — (Con ternura.)

Y... qué hace?

Elisa. Sola en su cuarto, escribiendo,
lanzando profundos ayes...

Fabian. Escribe?—Si es para mí,
no quiero verlo, no. Salte.

Cómo de tan negro crimen
ha de poder disculparse?

Pero, qué...! Llorando vas?

Por Dios, hija, no traspases
mi corazon! Harto sufre

sin que tú le despedaces.

Elisa. Perdónala, padre.

Fabian. Nunca!
que nunca torne delante
de mis ojos...

(Sale el baron por la parte del campo; se acerca á la
puerta del pabellon, y da tres golpecitos misteriosos.)

Pero... Llaman!

Ellos son, que aqui esta tarde

nos reunimos...

Elisa.

Papá!

Fabian.

Silencio! Puedes marcharte.

(Vase Elisa por el foro.)

Quién llama?

Baron.

Honor y constancia.

Fabian.

(Abriendo.)

Entre usted.

Baron.

(Dentro del pabellon.)

Cómo! No hay nadie?

Fabian.

Nadie vino.

Baron.

Don Fabian,

si serán todos leales?

Fabian.

Son españoles, baron;

y á un español es en balde

pedirle que sus promesas

ni aun por su dama quebrante.

Baron.

Es decir que el prisionero

prefiere estar en la carcel.

Fabian.

Sí, Baron; y como yo

no sufro que me aventajen

en valor, en honradez

y en firmeza de carácter...

Baron.

Le habeis quitado de enmedio.

Fabian.

Le puse libre en la calle.

Baron.

(Entre qué gente he venido

á conspirar...! Dios me saque

con bien!) Ah! Los españoles

no servís para estos lances.

Fabian.

Pues qué, nos falta osadía?

Baron.

Teneis corazon muy grande.

Pero, aunque hubierais rendido

esa constancia indomable

era en vano ya.

Fabian.

Pues qué...?

Baron.

Impreso en hojas volantes

el fatal tremendo artículo

de Castilla, á centenares

en los gabinetes bulle,

en las plazas, en las calles,

y donde nuestros agentes

uno rasgan, mil renacen.

Si á los pies del trono llega,
si el pueblo enciende en corage...
todo, todo se ha perdido.

Fabian.

No, no hay que desanimarse.

Baron.

Si necessitais dinero...

Fabian.

Agoté ya mi caudales...

Será preciso... En la junta

que aqui debe celebrarse

daremos orden á todos

para esta noche...

Baron.

Sí, antes

de que los contrarios puedan

para la lid prepararse...

A las provincias tambien

haremos que se despachen

extraordinarios.

Fabian.

Pronto,

no perdamos un instante.

(Se sienta delante de la mesa, escribe y cierra diferentes pliegos hasta el final de la escena siguiente.)

Baron.

En tanto vendrá la gente...

Fabian.

Con eso no hay mas que darles

santo y seña... dos palabras,

y en la hora conformarse.

Si resistencia encontramos,

les probaremos que audaces

para concebir un plan,

tenemos valor bastante

para ejecutarlo...

Baron.

Bien:

conspiradores vulgares

se presentarán: nosotros

mientras la tormenta brame

en puerto seguro...

Fabian.

No:

yo el primero en el combate

como un leon lidiaré,

ó moriré como un martir.

ESCENA VII.

71

DON FELIX. DON RAMON, *en el campo*. EL BARON. DON FABIAN.

Ramon. Qué soledad!

Felix. Me parece
escusado ir adelante.

Ramon. Pido la palabra en contra.

Felix. El sitio es bueno.

Ramon. Qué diantre!

mi gusto es mas delicado
en cuanto á sitios. No es facil
que para andar á estocadas
encuentre uno que me agrade.

Felix. Aqui, presto: do las victimas
de tu horrible pluma yacen
en espiacion, es justo
que viertas tu negra sangre.

Fabian. Oye usted, baron?

Baron. Silencio.

Fabian. Y qué hemos de hacer?

Baron. Dejarles,
que allá se entiendan; nosotros
continuaremos...

Fabian. (*Acercándose á la puerta del foro y llaman-
do.*) Fernandez.

ESCENA VIII.

DICHOS. FERNANDEZ.

(*Durante esta escena, entrará Fernandez muchas
veces y saldrá con pliegos cerrados. Habrá mucha ac-
tividad. El baron sin tomar parte alguna estará obser-
vando por la reja á los del campo.*)

Ramon. Vamos, ha sido una pica-
que mil perjuicios me trae:
Los redactores han hecho
dimision: no encuentro nadie
de provecho que al periódico
quiera jamas asociarse.

Felix.

Vamos.

Ramon.

Escucha primero.

Felix.

Tus disculpas?

Ramon.

Mi dictámen.

Tú entenderás cuanto quieras
de dramas y de unidades,
de procesos y recursos,
mas ni siquiera una tarde
vas al tiro de pistola;
ni del manejo del sable
entiendes jota... Y apuesto
á que ni cuadrarte sabes!

Yo que á falta de razones
empiezo arrojando el guante...
Pues bien: tirando á dos pasos
nadie yerra el tiro.

Felix.

Ramon.

Calle!

Me ocurre un plan de batalla.
Escucha... me quito el fraque,
lo cuelgo de un arbol, saco
el chisme... apunten! disparen!
Pum! Quedan en las solapas
inequívocas señales
de nuestro valor... me visto:
son las tres... tenemos hambre.

A la fonda, que yo pago:
comida de ochenta reales,
y engullimos sin conciencia,
mientras los tontos aplauden.

Felix.

A mí farsas? No, tu pluma...

Ramon.

Que no fue mi pluma, dale!

Es un hecho que no puede
dejar de rectificarse.

Fue la pluma de mi esposa,

y sino que cartas canten...

Yo te juro desplumarla

para que...

Felix.

No, miserable,

vamos á cargar...

Ramon.

Pero, hombre,

si hubiese aqui una catástrofe,

lo sentiria... me has dado

- tantos folletines gratis,
siempre gratis...! has sufrido
á mi esposa inaguantable...
Felix. Pues bien... villano!
Ramon. Rechazo
esa alusion... esa frase
no es parlamentaria, y yo...
Felix. Vamos...
Ramon. Yo, representante
del pais...
Felix. Ea! carguemos.
Ramon. Qué hemos de cargar; que carguen
contigo dos mil legiones...
me carga tanto...
Felix. Cobarde!
Ramon. Eso no lo sufro... Vamos.
Felix. Aqui, detras de estos árboles...
Ramon. Yo que acostumbro á tener
cada semana dos lances
por aqueste estilo... habérmelas
con un chambon principiante,
lleno de ilusiones, lleno
de...
Felix. Venís?
Ramon. Y va á matarme...!
(*Desaparecen entre los árboles.*)

ESCENA IX.

EL BARON. DON FABIAN.

(*Al final de la escena anterior acaban de salir del pabellon algunos hombres embozados, que han estado hablando con don Fabian.*)

- Fabian.* Perdidos estamos!
Baron. Pues?
Fabian. Sí: me acaban de avisar
que hirviendo en furor el pueblo,
y en formidable ademan,
por las calles se derrama,
y á voces pidiendo va
nuestras cabezas: perdidos

Baron.
Fabian.

estamos!
(*Con calma.*) Sí que lo estais.
Brazo tengo todavía.
Llegó el trance, llegó ya
la hora de prueba... Vamos
á morir!

Baron.
Fabian.

Cómo?
A salvar
el honor.

Baron.
Fabian.

Quién os detiene?
Con la gente que aquí está
lancemos el santo grito...

Baron.
Fabian.

Sí, sí, lo debéis lanzar...
Usted entre tanto...

Baron.
Fabian.

Yo!

Baron.
Fabian.

Puede defender...
Yo...! Cá!

Baron.

Qué decis?
A un extranjero

le sienta siempre muy mal
mezclarse en vuestros asuntos...

Fabian.

Ah! Traidor... Por qué os mezcláis
para atizar la discordia,
para urdir, para intrigar,
si luego os falta el valor
para mostrarnos la faz?

Baron.

Nunca de causas perdidas
fui partidario, jamás.

Fabian.

Perdida, tienes razon!
Perdida, perdida está,

porque á la sombra de estraños
nos fuimos á cobijar;

perdida, porque esa sombra
ha sido siempre letal.

Ah! pero si yo sucumbo
tú también sucumbrás.

Si conspiré, conspiraste;
nuestro delito es igual.

Baron.

Y quién sabe el mio?

Fabian.

Yo!

Baron.

Vos lo sabeis, nadie mas.
Teneis pruebas?

Fabian. Mi palabra.

Baron. Palabra de un desleal!

Fabian. Servicios me habeis prestado.

Baron. Mayores preste quizá
á los otros.

Fabian. Me vendias!

Baron. Hacia lo del refran:

ni quito rey, ni lo pongo;

pero ayudo á mi...

Fabian. Callad!

Ah! Ya comprendo que he sido
vil juguete...

Baron. Y qué pensais
cuando hermanos contra hermanos
blandís sangriento puñal,
por una vana quimera,
por un nombre nada mas;
cuando en pólvora, en espadas
consumís vuestro caudal,
y campos de rubia mies
negros páramos tornais,
y escombros los edificios
noble orgullo de otra edad;
cuando al eco del cañon
despavoridas se van
de un suelo ingrato las ciencias
y las artes, qué pensais
sino que juguete sois
de alguna nacion rival?

Fabian. Patria mia!

Baron. Al santo grito,
santo, sí, de libertad,
de trono, de independencía,
la España incendiando vais;
y cien naciones en torno
del ancha hoguera al solaz,
como allá Neron en Roma,
su triunfo cantando estan.

Fabian. Si pudiese España entera
tus palabras escuchar.

Baron. No: la ambicion de unos pocos
sorda siempre la tendrá.

Oís? Rugiendo terrible

se acerca la tempestad...

A Dios...!

(Va á salir por la puerta del campo.)

Fabian. *(Quitando la llave.)* Traidor, ya eres mío.
Una nuestra suerte es ya.

Baron. Abrid.

Fabian. No! tu muerte pide
la justicia nacional,
y este brazo, aunque caduco...

Pilar. *(Desde el jardín.)*

Esposo!

Baron. Abrid, don Fabian!

(Doña Pilar entra por el foro.)

ESCENA X.

DOÑA PILAR. EL BARON. DON FABIAN.

Fabian. Cómo! A qué vienes aquí?

Pilar. Vengo á preguntar por él.

Le has visto? Sabes...?

Fabian. Infiel, se

huye, apártate de mí.

Pilar. Ah, no! Por piedad, responde.

Fabian. Cerca le tienes.

Pilar. Gran Dios!

Fabian. Batiéndose estan los dos.

Pilar. Abre aquí... Dónde está, dónde?

Fabian. Tras de esos árboles. *(Llevándola á la reja.)*

Pilar. ¡Cielos!

La llave! Tú le has llevado

á la muerte, alucinado

por unos bárbaros celos.

Deja, déjame salir.

Antes que el acero impio

traspase su pecho, el mío,

el mío debe de herir.

Fabian. Pronunciando estás su muerte:

infeliz, cierra esa boca!

Si el amor te ha vuelto loca

me venga de tí la suerte.

Pilar.

Abreme!

Fabian.

No; su rival
en armas es entendido;
él nunca las ha cogido.

Pilar.

Murió! Déjame...

Fabian.

No tal.

Pilar.

Depon esa negra saña,
mira que soy inocente...

Fabian.

Ese ahinco te desmiente.

Pilar.

Este acento no te engaña.

(*Arrodillándose.*)

Piedad, compasion de mí.

Fabian.

Infel, vengándome estoy.

Pilar.

Ah! Piedad...! Su madre soy!

Fabian.

Cielos! Hijo tuyo?

Pilar.

Sí.

Abre y márame despues :
abrácele muerto ó vivo.

Ah! Si esta gracia recibo,
vuelvo á morir á tus pies.

Fabian.

Hijo tuyo...! Y qué secreto...?

Pilar.

La ansiedad hablar me impide:
gracia una madre te pide,
gracia! y mi pudor... respeto.

Fabian.

Haces de alligirme alarde?

Pilar.

(*Dándole un pliego.*)

Abre y toma este papel.

Verás mi inocencia en él.

(*Viendo á su esposo, que va á abrir la puerta.*)

Ah!

Fabian.

(*Abriendo.*) Sal.

(*Sale al campo doña Pilar, y suena un tiro.*)

Pilar.

(*Se arrodilla.*) Dios mio! Ya es tarde.

(*Cae desmayada. Un momento de silencio. Don Fabian abre el pliego y lee con agitacion.*)

Fabian.

Cielos... Despues de un asalto...

Guerra de la independencia...

Un estrangero... Violencia...

Infame!

Baron.

(*Qué sobresalto!*)

Fabian.

Perdió una carta...

Baron.

(*Con inquietud.*) Qué es esto?

Dónde está?

Fabian.

Qué le interesa?

Baron.

Esa carta...! Pronto. Es esa?

(Quitándole á don Fabian una carta que venia dentro del pliego.)

Ah! Sí: mi nombre supuesto!

El pueblo? Tal vez...

Fabian.

Medina.

Baron.

Ah!

Fabian.

Luego tú...?

Baron.

Soy su padre...

es inocente su madre;

contra mí el rigor fulmina.

En el pueblo á sangre y fuego

tras de un combate prolijo

entramos, pero... mi hijo!

Si sois padre, abridme luego.

Fabian.

Nunca á tu hijo verás..

Hay un Dios, señor baron,

vengador de mi nacion...

Su justicia sentirás. *(Le agarra.)*

Fernandez. *(Llamando.)*

ESCENA XI.

DICHOS. FERNANDEZ.

Baron.

Jesus mil veces!

(Aparece Fernandez, y á una seña del ministro se apodera del baron.)

Fabian.

(A Fernandez.)

El señor es mi enemigo...

Baron.

Imponedme otro castigo...

Compasion!

Fabian.

(Empujándole.) No la mereces.

(Vanse todos por la puerta del foro.)

ESCENA XII.

DOÑA PILAR. Luego DON FELIX.

Pilar.

(Volviendo de su desmayo.)

En dónde estoy? Ah! Mi hijo...

Mi hijo! Dónde está...? Venga,

venga á mis brazos; por todo
mi corazon atropella.

Murió tal vez...! Asesino!

Murió sin saber quién era
su madre! Sin recibir

un solo abrazo! Ay! Apenas
moverme puedo. Dios mio!

Siento pasos... ya se acerca.

Su asesino... No! Quién sabe?

Horrorosa duda es esta.

Si él fuese... Valor me falta

para mirar. (*Volviendo el rostro.*)

Felix. (*Saliendo con la mano vendada.*)

Su destreza

le ha valido: libre va...

Pilar. Toda tiemblo... Esa voz... esa...

Ay! Hijo de mis entrañas!

Hijo mio! (*Le abraza.*)

Felix. Yo!

Pilar. Esa venda...

Felix. No fue nada.

Pilar. Es una madre

la que en sus brazos te estrecha.

Hijo mio!

Felix. Madre mia!

Pilar. Benditos los cielos sean!

ESCENA XIII.

DON FABIAN. ELISA, *en el pabellon.* DICHOS, *en el campo.*

Elisa. (*Entrando por el foro.*)

Huye al campo... por aqui...

Salvete la Providencia...

Fabian. Pero...

Elisa. No es tiempo de dudas.

Los rebeldes se apoderan

de toda la casa... Marcha.

Fabian. Y habeis de quedar espuestas...

Elisa. Dios nos salvará...

Fabian. Fernandez...

Elisa. Fernandez tambien se entregará.

El fin sangriento y terrible
del baron, no te amedrenta?
No des tú tambien en manos
de la multitud... Perezca
antes de verlo...!

Fabian.

Y vosotros?

Elisa.

Deja que Dios nos defienda.

Pilar.

(*Acercándose á la puerta del pabellon.*)

Esposo...!

Felix.

Abridnos.

Fabian.

Ah! Felix!

Este podrá... (*Abriendo.*) Sí, sí; entra.

(*Entran madre é hijo en el pabellon.*)

Pilar.

Mátame, si soy culpable...

Fabian.

No: conozco tu inocencia.

Felix... oyes esos gritos?

Oyes? Piden mi cabeza...

Me marchó... á tí te abandono

lo que en el mundo me resta...

Todo lo perdí...!

Felix.

La muerte

arrostraré en su defensa.

Fabian.

A Dios! El cielo os bendiga...

(*Va á salir: oyense gritos cercanos del pueblo por la parte del campo.*)

Pueblo.

(*Dentro.*) Muera!

Todos.

Ah!

Fabian.

(*Cerrando.*) No hay tiempo!

Pueblo.

(*Dentro.*)

Muera!

Fabian.

Ah...! No hay tiempo...! y... lo confieso...

Toda mi sangre se hiela.

Hija del alma! Hija mia!

Esposa! La vez postrera

os abrazaré... (*Las abraza.*) Cuán cara

mi loca ambicion me cuesta!

Quién puede salvaros?

ESCENA XIV.

DICHOS. DON RAFAEL.

Rafael.

(*Entrando por el foro.*) Yo.

Fabian. Ah!

Elisa. Rafael, tarde llegas!

Rafael. Tarde?

Elisa. Escucha...

(Se oyen gritos por la parte del jardín.)

Rafael. No temais:

yo les diré que la imprenta,
si contra el error fulmina,
debe salvar al que yerra.

Fabian. Imposible es ya...! Esa gente...

Rafael. Anoche á mi voz dispersa,
huyó la insolente turba
que os amenazó...

Fabian. Vos érais...?

Rafael. Hoy en un pueblo valiente,
cómo quereis que no tenga
eco la piedad?

Fabian. Oh! Basta...

(Tomando la mano de su hija.)

Esta mano en recompensa...

Rafael. *(Señalando el cielo.)*

Mi recompensa alli está:
alli, sobre las estrellas
sonríe mi madre: aqui
me sonríe la conciencia.
Salvé á la patria: alcancé
la destitucion completa
del ministerio... Ante el trono
llegó la voz de la prensa...
lea usted aqueste oficio... *(Dándole un oficio.)*
Solo salvaros me resta.

Fabian. *(Despues de haber leído.)*

No es usted quien me sucede?

Rafael. Nunca, no! Maldito sea
quien por ambicion de mando
del pueblo el furor despierta!
Esa mano que yo envidio
el señor por mí la acepta.

(Señalando á don Felix.)

Felix. Es imposible...! Es mi hermana!

Rafael. *(Con gozo á don Fabian.)*

Ah! Pues bien: vuelva usted, vuelva

á su quinta, dulce abrigo
tras la pasada tormenta:
á ese mundo de ambiciones
la espalda tornemos, ea!
Yo tambien...

Fabian.

Usted renuncia...!

Rafael.

Quién en usted no escarmienta?

Pueblo.

(*Saliendo.*)

Muera el ministro!

Pilar.

Esa plebe...!

imposible es contenerla...!

Rafael.

No es la plebe; es un gran pueblo
que vencedor se presenta.

Pueblo.

Muera!

Rafael.

(*Saliendo al campo.*)

Muerte pedís? Entrad, valientes,
de acero armada la triunfante diestra:
en ancianos y niñas inocentes
hundid el hierro de valor en muestra:
de noble sangre vertereis torrentes
sin esponeros á verter la vuestra:
su pecho está indefenso, yo lo fio:
herid... mas antes, traspasad el mio.
Hoy calumniando pérfida la imprenta
el honor de esta gente despedaza:
hoy la prensa tambien noble se ostenta,
y hunde el loco poder que os amenaza.
Si noble la quereis, no se ensangrienta...
si pérfida... ponedla una mordaza
antes que mancillar con lodo inmundo
la fuente del saber, el sol del mundo.
Si la razon alcanza la victoria
nunca riega con sangre sus laureles,
y es plácido su triunfo á la memoria
cual sonrisa del alba á los vergeles.
Mas que vencer ejércitos es gloria
de contrarios hacer amigos fieles;
dejad que el noble corazon se ablande,
que quien no es generoso, nunca es grande.
Sí, lo seremos!

Pueblo.

Rafael.

Mientra el pueblo cuente
con un eco en la prensa decidido,

no tema, no, la vencedora frente
reclinar en el seno del vencido;
es la prensa ilustrada, omnipotente,
y despertarle debe. Paz y olvido!

Pueblo. (*Arrojando las armas, y abrazando á don
Rafael.*)

Olvido y paz!

Rafael. (*A los de adentro.*)

Lo veis? jamas en vano
se apela al corazon del pueblo hispano.

FIN DE LA COMEDIA.

NOTA.

Hace año y medio que tuve el gusto de leer esta comedia, escrita en prosa, á varios amigos, y entre ellos á los Sres. Hartzenbusch, Diana y Villergas; despues de versificada, ha pasado por el tamiz de dos lecturas hechas en el Teatro de la Cruz, y las numerosas é ilustradas personas que concurrieron á entrambas concinieron undánimemente en que no se heria la susceptibilidad de ningun partido politico, ni de persona determinada. Esta fue tambien la opinion del Censor de Teatros, quien sin embargo juzgó necesaria la autorizacion del Sr. Geefe Politico de la provincia, atendido el estado escepcional en que esta se encuentra, para la representacion de la comedia. El Sr. Benavides, en medio de las graves ocupaciones consiguientes al ejercicio de su autoridad, tuvo la bondad de leer la obra en el mas breve tiempo posible, y sin exigir que se alterase una sola palabra concedió el permiso que se solicitaba. Todos estos antecedentes, todos estos trámites me confirman en la creencia de que LA PRENSA LIBRE ni es obra de circunstancias, ni menos obra de partido: es hija de un corazon español, y nada mas que español, cuyos sentimientos mas de una vez rebosaron en amargas y dulces lágrimas al escribirla.

*Sirvan estas lineas de contestacion á las anticipadas prevenciones de algun periódico de esta Corte.==
Madrid 22 de Febrero.*